

Arena negra.

Pablo

P. FRAU

ARENENA NEGRA

PUNTOROJO
libros

Capítulo 1

Prólogo.

“Temo el día en que la tecnología sobrepase nuestra humanidad. El mundo solo tendrá una generación de idiotas” Albert Einstein.

Es cierto que Einstein se refería a que la tecnología amurmaría nuestras mentes y nos volvería siervos de un mundo automatizado y diseñado para no tener que usar ni una sola neurona. Nos volveríamos idiotas, y no iba mal encaminado. Sin embargo, le faltaba algo a tener en cuenta; los dos factores clave que determinarían la trayectoria y velocidad de nuestro futuro, que unidos a la tecnología a la que se refería el genio como culpable de nuestra estupidez, acabarían sin impedimento alguno con nuestra razón de ser. El físico no pensó ni en el dinero, ni en la bioquímica. Cuando combinamos estos elementos, el resultado de un ser humano imbecil no cambia, se mantiene constante, pero, lo que obtenemos al llegar a la meta es completamente distinto.

La tecnología, inerte y viva a la vez. El ser humano la dotó de sentido y la convirtió en el medio a su extinción. Tan servicial como violenta. El progreso de la inteligencia artificial y su capacidad para erradicar el error, la convierten en el arma perfecta para evitarle al ser humano millones de años de ensayo y error. El Sapiens directamente deja de necesitar aprender y se planta tan pancho en la cumbre del conocimiento. ¿Que nos queda después de eso? Nada. La tecnología es Garuda llevando el carro que ha desviado del Sol hacia la extinción de la razón.

El dinero. El poderoso verdugo que decidirá a sangre fría quien debe vivir, o quien debe continuar viviendo sin dejar de sufrir los castigos más violentos y exentos de justicia que haya podido presenciar cualquier persona. El esmoquin en sangre por cada víctima que ha sucumbido a su causa, la hace cada vez más peligrosa e implacable

La bioquímica. La ciencia que te permite beber en la mesa de los dioses. Provee al ser humano de los conocimientos necesarios para convertir un deseo que requiera de la genética, en la más inverosímil de las realidades. La Vida, el sustantivo abstracto más complejo que haya podido existir. Algo como su modificación, solo estuvo al alcance de Dios y del tiempo. Capaz de convertir un molusco, en un ser tan complejo y completamente apto para dar forma a la sociedad de vanguardia tecnológica del siglo XXI.

Ahora, queridos lectores, imagináros a este ser tan inteligente, con un esmoquin rojo como las paredes del infierno, recostado panza arriba sobre los mullidos y majestuosos cojines del carro de Garuda, que se dirige sin control en dirección contraria al Sol.

¿No podéis verdad? Nadie puede. Bueno, no si has llegado al final de esta historia y estas volviendo a empezar. Por que obviamente a pesar de que haya momentos en que no seas capaz de respirar, por sentir que tu futuro puede ser ese de aquí a dos meses. Y que cuando te estés dando cuenta que estamos condenados a sufrir, lo que yo os enseñaré que vais a sufrir, volveréis a leerla.

—Así que ya que vais a morir. —el Narrador soltó una carcajada irónica — Bueno, técnicamente no es esa la palabra. Os recomiendo que os pongáis cómodos, agarréis una cerveza y un buen edredón, y creáis que nuestros días están contados por algo ajeno a la naturaleza que era precisamente lo que pensábamos que acabaría con nosotros

La humanidad había puesto fecha de caducidad a su propio envase. La selección natural del propio Darwin; una ley de la naturaleza de la cual ningún ser vivo es capaz de escapar. Una ley que bajo su brazo todo se cumple, todo está sometido a su dogma. Excepto el ser humano, que sería capaz de escribir tras los límites de ésta.

La selección natural, lejos de mejorar y seleccionar a la especie más apta para un cambio digno, gracias a la propia estupidez del ser humano, lo que iba era a provocar su extinción. Y el sufrimiento, iba a ser el resultado que se iba mantener constante hasta desencadenarse el fin. La agonía, haría de nuestra miserable vida una maldición; una pesadilla constante de la cual solo se creía poder despertar con ayuda de la parca. Sin embargo, tengo que deciros, que como todo lo que relaciona el fin de un ser humano; es misterioso, inquietante y desconocido para todo el que se mantenga con vida, aunque en este caso, tampoco podremos asegurar que este sufrir finalice con la muerte.

¿Cual es el resultado de la ecuación entonces? Nos preguntaremos. Pues debo deciros, que no hay más resultado que el infierno llevado a lo terrenal. La eternidad contenida en dos nuevas etapas de la vida del hombre, serían las dos únicas y últimas etapas de nuestro gobierno en la

tierra.

La primera etapa era la reencarnación del dolor y el miedo en nuestro vivir. Estaremos condenados a sufrir las mayores atrocidades de nuestra historia, incomparable con el holocausto, como el tamaño de un átomo no es comparable al Empire State. Insignificante, exiguo y miserable, es esa comparación con tal crueldad. Sin embargo, nos aferraremos a ella. Lucharemos y cometeremos cualquiera locura con tal de no acabar en la segunda etapa. E incluso el suicidio llegó a ser en muchos un remedio para mantenerse en la primera etapa para siempre, pues el misterio que rodeaba a la segunda, provocaba el temor y el rechazo en la gente, sin embargo, era inevitable.

La segunda etapa; misteriosa y desconocida como la misma muerte en la vida corriente en la que vivíamos. No se sabe que hay después de morir. No se sabe si sigues viviendo convertido en un espíritu, o en un amasijo de energía que se mueve por toda nuestra dimensión. Era solo una de las explicaciones a lo que podía ocurrir después de la muerte. Dadas por personas que no podían comprobarla ni determinar que estuvieran en lo cierto.

—Físicamente es imposible que haya nada detrás de la muerte, pero nuestros números, teorías, y la gran cantidad de experiencias que relataban las personas desde el inicio de los tiempos, apuntan a un sí. —se justificaban quienes intentaban explicar que hubiera algo tras las fronteras del fin. Era su única defensa de la tesis.

Sin embargo, en el nuevo mundo que nos espera, tampoco podremos comprobar que sentiremos o pensaremos después de la muerte, por que la muerte, queridos lectores, deja de existir como concepto. Pero lo que si que podremos hacer, es echar un vistazo a lo que hay detrás del horizonte, y encarnar esos misterios que solo traerán dolor y desesperación constante a los pobres necios que luchen por mantenerse en la primera etapa.

—Pero que es mejor, ¿la primera, o la segunda etapa? —nos preguntábamos todos.

He ahí la incógnita eterna que en ninguna de las épocas del ser humano hemos podido aislar. La inquietud, prevalecerá por encima de todo.

Esta historia que jamás debió ser contada, será el cristal al mundo que nos depara, y mis palabras, el intento de transmitir ese sentimiento de agonía a través del tiempo.

Capítulo 2

Capítulo 1 "Pandemia"

Recuerdo el día que empezó todo con total claridad, como si estuviera escrito a fuego en lo más profundo de mi ser. Aquel día, la paz, la tranquilidad, y el civismo del que gozábamos en cierta medida, empezaron a desaparecer de mi concepción de la realidad.

Los tiempos hacía ya días que estaban cambiando. En los medios, se empezaron a ver destellos de los culpables de la tragedia que se cernía sobre nosotros, pero no eramos capaces de verlos como tal. La alarma por el coronavirus, apagaba y mermaba a la gente. No querían saber nada que no estuviera relacionado con la noticia tendencia. Virus arriba, virus abajo, las noticias eran la misa diaria que no podía faltar en cualquier hogar del mundo, solo teníamos ojo y hueco para el de la Corona.

Tuvieron al planeta entero confinado en sus casas durante varios meses. Miles y miles de bares, restaurantes, y negocios varios, se vieron forzados a cerrar sin tener en cuenta el impacto económico. Las empresas que podían teletrabajar, no disponían de recursos suficientes para todos, y se vieron obligados a seleccionar a quien enviar a la calle y a quién no. La economía cayó en picado de una forma que jamás hubiéramos podido imaginar.

La previsión de dos semanas de alarma mundial se fue alargando como quien no quiere la cosa hasta llegar a la friolera de cuatro meses de cuarentena. El cuarto mes, supuso para casi toda la población un punto de inflexión. La neumonía de Wuhan mutaba y se propagaba a velocidades inquietantes. Las medidas de seguridad que no fueran el confinamiento, no servían para absolutamente nada, por lo que el ejército se desplegó por las calles; multando y arrestando a cualquiera que no tuviera que trabajar en sanidad o atender un supermercado.

Además de lo contagioso que resultaba el virus, éste mutó progresivamente cambiando los síntomas y los daños ocasionados en función de la persona que infectaban. El número de muertes aumentó de

forma drástica hasta llegar a acabar con la vida de cinco de cada diez personas, independientemente de los antecedentes sanitarios que pudieran tener. Nadie estaba a salvo de su juicio microscópico.

Las vacunas eran escasas, y su obtención extremadamente complicada. El parásito burlaba por completo a los laboratorios de investigación cambiando constantemente; el virus generó dieciséis nuevas mutaciones, con síntomas e inmunidades distintas. Esto provocó que el acceso a las vacunas solo estuviera al alcance de muy pocos.

La gente no paraba de perder sus trabajos, y por mucho que pudieran trabajar desde casa, la población ya no requería de ningún servicio más que el sanitario. Las farmacéuticas se fortalecieron tanto, que equipararon su capital con el producto interior bruto de muchos países.

Miles de familias se vieron incapaces de asumir las hipotecas y préstamos que habían solicitado, y en consecuencia perdían sus casas y sus bienes. Los negocios cerraban debido a la poca demanda de cualquier producto, y cada vez más personas de la clase alta descendían a golpe de realidad hasta los confines más profundos y tristes de la escala social. El progreso y el futuro del primer mundo, detenía en seco su avance, estancando a la sociedad entera en la mayor caída económica de la historia.

Nada parecía quitarle protagonismo al virus en las noticias. Nada conseguía frenar su avance, ni erradicar su malignidad. Si el virus había sido creado de forma artificial en algún laboratorio, y lanzado por los gobiernos para obtener algún fin o beneficio, se les había ido de las manos.

No se ni quién eres, ni a que época pertenecerás. No se siquiera si entiendes estos caracteres que estoy usando para escribir el diario. Puede que esté vivo en cualquier lugar del mundo, o puede que haga miles de años ya que estoy muerto cuando lo encontréis. Pero si la raza humana ha vuelto a surgir, quiero que sepáis lo que sufrió este eslabón, para que por muchas cosas que ocurran, no volvamos a caer en el mismo error si se nos concede una segunda oportunidad.

Era un día gris más en mi confinamiento. Las cuatro paredes de mi habitación se me venían encima empujadas por la incertidumbre y el miedo a lo que se venía. Los días pasaban y no había más noticia que el caos y la desesperación de la gente en la calle. Sin un techo, sin un lugar donde refugiarse. A aquellas alturas ni niños, ni ancianos, incontables

fueron los renegados a vagar por las calles sin importar su la edad. Se llegó al punto, en el que los ancianos directamente se suicidaban para dejar de ser un estorbo para sus familias, y muchos otros para evitar morir de una forma horrible y con un gran sufrimiento por delante.

Día noventa y tres; marqué en mi calendario. El no tener trabajo, ni realidad más allá de las paredes de la habitación de la casa de mi madre, me desorientaba por completo. A veces, no sabía si era de día, era de noche, o si el cielo permanecía así de gris constantemente.

Tras dejar constancia de la fecha en el papel, me paseé arrastrando los pies descalzos por el zulo que era mi habitación. Tuve que tirar todos los calcetines, ya que el olor era más molesto que no llevarlos a pesar del frío que hacía. La calefacción no funcionaba, la corriente eléctrica era oro, y el agua caliente un mito. Lavar la ropa era impensable.

Me acerqué abatido a la ventana, y clavé la mirada a través del cristal, mugriento y casi opaco. Observé rutinariamente el cielo en silencio. Aquel cielo gris que no parecía cambiar. Me acordaba de mi familia, de mis amigos, de mi chica, la linterna que me daba luz y esperanza de poder volver a ver cuando el cielo dejara de ser gris. Me quedaba horas sin despegar la mirada del cristal. Sabía detrás del vidrio había un parque habitado por gente moribunda y sin hogar durmiendo en él a la intemperie, y un pequeño jardín bien cuidado que con el tiempo se convertiría en una selva, pero cada vez que miraba por ese cristal, veía a mi gente. Lejos, lejos de poder volver a verlos.

Me había trasladado a Alemania a cuidar de mi madre dos años antes de la pandemia. Le diagnosticaron cáncer de ovarios con una mutación BRCA1. Estaba sola. Mi padre murió cuando yo tenía tres años en un accidente de tráfico. Solo me tenía a mi, y al tumor que se nutría de su ser. Los médicos nos dijeron que le quedaban un par de años vida si se mantenía bajo cuidados constantes y tratamiento. Así que decidí pasar sus últimos años cuidándola y haciéndole el fin lo más llevadero posible . Al fin y al cabo, antes de irme a España a estudiar la ingeniería y formar una vida allí, ella hizo lo mismo conmigo. Me sacó adelante sola y abatida. Era una mujer muy trabajadora y dedicada a mí. Trabajaba de limpiadora en una mansión en Zúrich, o cómo ella lo llamaba; técnico en eliminación de residuos domésticos y cuidados de seres humanos.

Cuando cumplí los dieciséis años, me mudé a Salamanca a estudiar la ingeniería aeronáutica, lo que requirió de un gran esfuerzo por su parte,

trabajando más de catorce horas diarias para poder darme un futuro lo más distinto posible al suyo.

Vivíamos en una casa pequeña y humilde. La había heredado de mis abuelos, pero en aquellos días las cuatro paredes que teníamos eran un lujo que no estaba al alcance de todo el mundo. Tenía dos habitaciones igual de pequeñas, una era de mi madre, y la otra mía.

Aunque hacía tiempo que ya no la utilizaba. Se quedaba todas las noches dormida en el sofá y completamente ida, noche tras noche. No podía ofrecerle los cuidados que requería, ni la alimentación que le habían recetado los médicos seguir, y tal y como estaban las cosas, ni recibía, ni podría continuar con la quimioterapia.

Los hospitales estaban colapsados y desbordados, no había infraestructura, ni maquinaria, ni personal suficiente como para atender la salud de la población. Algunos hospitales principales y clínicas, tuvieron que echar el cierre por casos de infección de plantillas enteras de personal sanitario. La población estaba menguando a velocidades increíbles y el personal sanitario cada vez tenía más miedo de afrontar aquella enfermedad. El gobierno les ofrecía grandes sumas de dinero y comodidades con tal de que hicieran frente al virus, pero la gente se negaba a poner en riesgo su vida y la de sus seres queridos.

Aquel dieciséis de Junio del veinte , me quedé horas embobado con el aquel color grisáceo del cielo, como si fuera la primera vez que me atrapaba. Sin embargo, ese día me faltó la presencia de mi madre, que no fue la que me despertó del trance, sino que fue la caída del Sol quien lo hizo. Por lo que planté mis pies en las zapatillas roídas y sucias, agarré un edredón de mi cama, y me acerqué a la puerta de mi habitación. Estaba entre abierta. La tímida obertura dejaba pasar la luz del televisor entre el hueco. Todo en el salón estaba a oscuras, y mi madre debía estar ya dormida en el sofá, se había dejado la tele encendida como de costumbre y la corriente eléctrica era oro, pero la pobre no tenía energías para mantener los ojos abiertos y caía en un profundo sueño sin darse cuenta.

Abrí la puerta con el hombro, y me acerqué al sofá para cubrirla con el mullido edredón. Estaba dormida, por lo que se lo eché por encima con cuidado, y di un fugaz vistazo a la hora para darle la medicina. Las nueve menos veinte marcaba ya.

En la mesa de la sala de estar, entre restos de comida mohosa, cordilleras de ceniza y bosques de colillas, estaba la caja de medicamentos de mi madre. Abrí la tapa con la esperanza de que quedaran cinco o seis, pero no quedaba ni una sola pastilla, el estuche estaba completamente vacío.

—¡Mierda! —maldije casi en silencio.

Encendí la linterna del teléfono móvil, aprovechando el escaso tres por ciento que me quedaba, y busqué desesperadamente algún indicio de píldoras por el suelo por si se le habían caído, lo cual era bastante probable.

Nervioso, removí en silencio ropa y latas de cerveza octogenarias, pero nada, ni una sola píldora. Me llevé las manos a la cabeza y empecé a dar vueltas por el salón, dando patadas a calzoncillos, camisetas y pantalones que había esparcidos por toda la sala sin dejar de maldecir en silencio la desgracia que se cernía sobre ella.

—¡Con cinco putas pastillas hubiera podido aguantar hasta el próximo abastecimiento, joder! —me repetía a mí mismo como un mantra.

Estaba nervioso, y si la situación ya era cruda, estaba a punto de serlo mucho más, por lo que no me quedó otra que pensar en recurrir a Michael.

Mich, como le llamábamos cariñosamente, era un hombre de veintinueve años que conocí en una farmacia cuando las cosas empezaron a ponerse feas. Mi madre y yo conseguimos salir del local con varias cajas de medicamentos para el tratamiento del cáncer. Con las bolsas en mano, un hombre encapuchado nos atacó con intención de robarnos las pastillas a punta de cuchillo, pero Michael que pasaba por ahí, lo interceptó al instante. Se lió una buena hasta que apareció la policía. Aquel día Michael había alargado un poco la vida de mi madre.

Mantuvimos una estrecha relación con él a partir de ese momento. Mich fue uno de los principales afectados económica y afectivamente por el virus. Perdió su casa, y a su pareja se la llevó el virus. Se vio obligado a vivir en la calle, yendo de aquí para allá y codeándose con la creme de la creme de la suburbia. Nosotros le ofrecíamos cobijo cuando podíamos mientras trasteaba con sus negocios; bastante turbios y conflictivos, sin embargo, en aquel momento, necesitaba esos negocios como al agua si quería conseguir que mi madre tuviera la medicina.

Con cuidado de no despertarla, le coloqué a mi madre un termómetro bajo la axila, y di un último repaso al edredón para comprobar que estaba bien puesto antes de volver a mi habitación.

Esta vez cerré la puerta a conciencia, y marqué el número de Michael a la vez que conectaba el móvil a la corriente. Daba señal, pero acababa saltando el buzón. Seguí intentándolo varias veces, hasta que en la que hacía ocho, descolgó por fin el teléfono.

—Ya tiene que ser grave para que me llames —respondió una voz ronca al otro lado del teléfono. —Y más con tanta insistencia.

Solté un suspiro.

—Sí...

—¿Tu madre? —acertó Michael.

—No le queda medicación y no se que hacer. —le dije sin dejar de dar vueltas nervioso por la habitación.

—Calma. ¿Cuándo es la próxima repartición?

—En diez días.

—Joder... —respondió con preocupación. —Y más como están las cosas ahora. ¿Dónde narices están las que os repartieron la última vez?

—No tengo ni idea —sin despegar la vista del cristal de la ventana. — Anteayer quedaban seis o siete pastillas, pero no ahora no queda ninguna.

—¿Le has preguntado a ella?

—No, no quería despertarla, le cuesta mucho dormir con el dolor.

—Al igual las ha cambiado de sitio, o vete tu a saber. — Michael se quedó en silencio dos segundos. — Tengo como conseguirlas, pero asegúrate antes de que no las ha guardado ella. ¿Necesitas Lynparza?

—Si, Lynparza, pero dame unos minutos, voy a preguntarle, te llamo en nada. —le dije antes de colgar y tirar el móvil sobre la cama.

Al girarme hacia la puerta, volví a ver aquella tenue luz azulada de la tele entrando entre el hueco, pero con unos ojos tristes y vacíos que me observaban a través de él. Era mi madre. Estaba temblando, y le costaba mantenerse en pie. Llevábamos días que comíamos basura y restos de comida de semanas atrás. La medicación se la había estado racionando durante dos meses, y la previsión de que la situación cambiara era cada vez más inverosímil. Como pudo, y sin dejar de temblar, me abrazó y rompió a llorar sobre mi hombro. Las lágrimas le caían a borbotones por las mejillas, y no quería mirarme. Se agarró con fuerza a mi, y pasó cinco largos minutos sin soltarme y sin dejar de llorar.

—Eh, mamá. —le dije separándola de mi pecho, para acompañarla a sentarse. Dudé bastante que pudiera mantenerse un minuto más de pie

sin caer desplomada.

La senté lo más rígida posible sobre el sofá, le cubrí el regazo con el edredón para que no cogiera frío y me senté a su lado. Estaba bastante demacrada. Tenía los huesos de la cara completamente marcados, y la piel rugosa y parcheada. Era la sombra de lo que había sido antes del cáncer. Los ojos melosos y llenos de vida que paseaba con orgullo por donde iba, estaban apagados y vacíos, como pidiendo a gritos dejar de sufrir. Los labios los tenía secos y agrietados, cubiertos de heridas con costra y pus. Verla así me hundía por completo. En una situación normal, se que hubiera salido adelante, pero en aquel caos que estábamos viviendo, la situación se volvía completamente en su contra.

Una vez sentados, y mi madre un poco más relajada, le intenté preguntar por las pastillas, pero me cortó al instante.

—Las he tirado. —respondió al tiro, sabiendo lo que le iba a preguntar.

Temblando, me agarró las manos. Eran frías como el hielo. En aquel momento suspiré y entendí la decisión que estaba tomando mi madre. Me dolía en lo más profundo de mi ser, sin embargo, más me dolía verla en ese sufrir.

La miré derrumbado a los ojos. Vidriosos y sin pizca de luz alguna. Eran el reflejo de lo que estaba sintiendo por dentro. Al instante, un enorme nudo empezó a subir por mi garganta hasta presionarme fuertemente en los ojos. No pude evitarlo y rompí a llorar. Lloré como un bebé sobre los brazos de su madre. No paré, y me recosté a seguir derramando los siete mares de lágrimas sobre su débil regazo. Sentí la protección que me envolvía cuando era pequeño, y me acordé de todos los buenos recuerdos que me dio.

A pesar de estar sola, me proporcionó de niño todo lo que necesitaba y más para no perdiera la inocencia ni descarrilara mi futuro. Con un gesto tierno y débil, recostó su palma fina y delicada sobre mi pelo, y acarició mi cabeza como solo ella sabía hacer, por lo que inevitablemente volví a romper a llorar sobre las lágrimas que habían quedado medio secas.

A pesar de la falta de fuerzas, sacó su bella voz a relucir entre aquella oscuridad. De pequeño, me cantaba canciones mientras me quedaba frito sobre su regazo, como en ese momento, veinte años después, volvió a cantarme aquella canción... la canción que más sensaciones me podía traer. La entonó con su nueva voz, una voz rota por las desgracias de la vida, pero igualmente bella y cargada de ternura.

"You are my sunshine, my only sunshine.

You make me happy, when skies are gray.

You will never know dear, how much i love you.

Please don't take, my sunshine away"

—Vuela lejos, mamá.

Capítulo 3

Capítulo 2 "El nuevo mundo"

El mundo se había sumido en una pobreza global. Los refugiados ya no provenían de países contados y sin recursos, sino que todos empezaron a luchar por sobrevivir. Todos y cada uno de los países cerraron sus fronteras y no permitieron nunca más la entrada de ninguna persona que no perteneciera a ese país, e incluso las repatriaciones, se convirtieron en una utopía en el cien por cien de los casos llegados a ese punto. El mundo se había vuelto racista y egoísta; cada recurso contaba.

La ley desapareció durante un largo tiempo cuando la locura y el instinto de supervivencia estalló en la sociedad. Se saquearon todos los comercios, farmacias, y las grandes superficies proveedoras de alimentos. Miles de personas se vieron asaltadas en sus casas y expulsadas por los grupos armados que buscaban controlar las viviendas. Yo, fui uno de esos afectados.

A los dos meses de morir mi madre, un grupo armado asaltó el piso y me sacaron a punta de fusil. Perdí el único hogar que me quedaba en Alemania, ya que volver a España se hizo imposible. Nadie podía salir. Perdí a mi familia paterna, a mis amigos, a mi novia. Me quedé solo en un caos lejos de lo que me quedaba de hogar, uno más, de los cientos que se vieron obligados a vivir en la calle expuestos al clima y al virus.

Los edificios y recintos de acogida colapsaron y se convirtieron en un foco de contagio seguro, por lo que la gente decidió vivir en solitario. Los hospitales se privatizaron, y se compraban por los privilegiados que se enriquecieron con la situación, y conservaron el poder.

La gente intentaba escapar de la pobreza del país en busca de otra pobreza un poco más llevadera, pero el derecho a ejecutar a todo el que intente atravesar una frontera, hizo imposible la búsqueda de algo mejor. Todos éramos enemigos. La unión europea se disolvió. Los antiguos conflictos entre viejos rivales se retomaron, escupiendo a todos y cada uno de los artículos de los derechos humanos. Se generó una competición armamentística a nivel global con tal de defenderse de los otros países. La masacre fue absoluta, y las principales potencias mundiales, llegaron a la meta de la carrera armamentística amenazando constantemente con armas capaces de extinguir a la población. La tercera guerra mundial, la más cruel de todas las contiendas globales, se alzó cruel y poderosa ante los desgraciados que no habíamos muerto todavía.

Todo el dinero recaía en los gobiernos, y todo se destinaba a la producción de armas e investigación bélica. La guerra se cobró muchísimas más muertes que el virus. Miles de ciudades núcleo de lo que había sido

nuestra sociedad, fueron arrasadas con armamento nuclear y asaltos de artillería. Cualquiera podía ganar, cualquiera podía destruir toda vida sobre la faz de la tierra. El noventa por ciento del capital de investigación se destinó a las armas nucleares. Cada potencia principal disponía de medios para arrasar con toda la vida de la tierra con pulsar un botón, pero eso acabaría siendo un suicidio, así que solo les quedaba la otra parte de la inversión. El diez por ciento restante de la inversión que les permitiría ganar el juego.

El gobierno de los Estados Unidos, se alió en secreto con la farmacéutica CoronoMed. que acabó adquiriendo un poder económico tan grande como Francia, Inglaterra, o incluso China tras exprimir hasta la última gota de beneficio por la vacuna de todas y cada una de las mutaciones del coronavirus. La única manera de vencer en aquel juego, era ser la única potencia que controlara el planeta. La tercera guerra mundial solo podía finalizar con un premio, y un solo ganador.

Día dos mil ochocientos treinta, marqué en el calendario. Tres mil cuatrocientos días desde que el civismo dejó su última huella en este mundo.

Aquel día me recordó mucho a los que pasaba observando embobado el cielo gris a través del cristal de casa durante el inicio de la pandemia. Solo que esta vez, lo hacía tras un par de barrotes oxidados dentro de una celda llena de testosterona y mugre. Tumbado en mi camilla de descanso, observé como los grises y blancos se mezclaban en armonía en cielo, dando lugar a innumerables formas de nubes dentro de mi cabeza. Me evadía lo que podía de la realidad tan cruel que nos azotaba a todos los seres humanos.

Me encontraba destinado en Lörrach, en uno de los barracones fronterizos que delimitaban con Francia. Alemania, como la gran mayoría de países, construyó una muralla de acero alrededor de su frontera como defensa. En cada localidad medianamente poblada, instalaron barracones y fuertes para evitar cualquier ataque o intento de algún refugiado por entrar al país. Lörrach era uno de esos puestos de vigilancia.

Michael, que con su inteligencia y capacidad para hacer contactos en los turbios negocios en los que se vio obligado a vagar, ganó cierta influencia en el ejército. Gracias a él, pude elegir destino cuando asaltaron por la fuerza a todo el que podía encañonar un fusil y lo alistaron a defender la

nación en aquel Juego de Tronos.

¿Qué por qué Lörrach? No tenía nada que perder lejos de España. Todo lo tenía ahí. Lo único que podía hacer era ganar, y para ello debía volver a la península. El puesto hacía frontera con Francia y me facilitaría las cosas para llegar a España. Solo eran dos fronteras de muerte que me veía obligado a atravesar hasta llegar a la Tierra Prometida. En aquel momento, aquella idea era un noventa y nueve por ciento suicidio y un uno por cierto éxito, pero quedarme ahí no era vida.

—Tarde o temprano alguno de los países nos exterminará de un bombazo nuclear. —me repetía constantemente para concienciarme de lo que quería hacer. —Prefiero morir con mi familia, que con un grupo de bárbaros y animales.

Michael no sabía el por qué realmente de mi decisión de que me destinaran allí, de haberlo sabido no hubiera dejado que me suicidara de esa manera, así que le dije que era la ciudad de mi madre y que al igual habían alistado a algún primo o familiar lejano.

—Es de locos... —susurré sin dejar de observar el cielo. Un cielo cargado de aviones de guerra y cazas en lugar de pájaros disfrutando del hábitat que les correspondía y que nosotros les habíamos negado.

Era difícil evadirme de la realidad, pero lo conseguía, y era precisamente eso lo que me mantenía vivo. Estaba en una celda de descanso con otros soldados. Pequeña y sucia, nos tenían a quince hacinados en la sala con camillas roñosas donde descansar antes de volver al puesto de vigilancia. El olor a sudor, mierda, y desesperación de la gente, se acumulaba entre las paredes de cemento haciendo la estancia un poco más complicada. Las condiciones eran bastante deplorables.

—Será temporal... —me recordé a mi mismo sin dejar de observar a los aviones del ejército atravesar velozmente las nubes.

El ruido. La misma banda sonora para la gran mayoría de habitantes del planeta que no estuviera recluido en alguna cordillera o lugar alejado de la mano de Dios. El sonido de los cazas y helicópteros dirigían la orquesta, mientras que los estallidos de las bombas y el de la metralla, adornaban y embellecían la pieza. Las explosiones eran tan fuertes e impresionantes, que muchas de las que oía desde Lörrach procedían de la otra punta del país, o incluso de Polonia.

—Aristóteles. —dijo Michael que acababa de llegar de su guardia.

Me revolví en la camilla y le lancé una mirada furtiva.

—¿Puedes dejar de llamarme así?

—Es que eres un filósofo —dijo con una sonrisa burlona.— Te pasas demasiadas horas mirando a través de esos sucios barrotes.

Uno de los soldados que se encontraba tirado en la camilla contigua a la mía, soltó una carcajada.

—¿Qué quieres Michael? —pregunté haciendo caso omiso a las burlas.

—Reúnen a la Séptima. —me informó mientras se desabrochaba las apretadas botas y se sentaba al borde de mi camilla.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

Michael esbozó una sonrisa y se sacó del bolsillo de su cazadora un trozo de papel que me entregó. Me medio incorporé, y leí la carta.

“A la atención de David García Müller, soldado fronterizo de Lörrach, puesto de comandancia número siete. Por fuerza mayor, requerimos de su intervención en territorio francés. Gracias por su cooperación.
Atentamente Emilia Ackermann, Coronel general de la guardia fronteriza.”

No supe muy bien que decir, por lo que levanté la vista del papel y la clavé en Michael.

—Estamos en la Séptima pollín. —me informó rascándose aquella barba dorada y frondosa.

Me quedé helado. Estar en la Séptima suponía ir avanzando con el frente portátil a través de la frontera francesa e ir expandiendo el territorio. La época de los conquistadores, que había sido enterrada por los derechos humanos, fue sacada del subsuelo y volvió más fuerte que nunca. Generalmente los encargados de expandir el frente caían muertos en el ochenta por ciento de los casos. En cuatro años, la Séptima solo había conseguido incontables bajas, y alguna localidad francesa que acababáramos perdiendo inevitablemente, pero nadie podía negarse a convertirse en suicida. En mi caso era todo lo contrario. Era perfecto. Tener el derecho legal de poder pasar por la frontera me permitiría retomar mi plan de llegar a España.

Los soldados de alrededor se acercaron a comprobar que la noticia era cierta y que no era alguna broma de Michael. Klaus, uno de los compañeros con los que llevaba ahí dentro desde que el conflicto bélico empezó, se acercó y me hizo un gesto para que le diera la carta.

—Te han condenado García. —dijo Klaus con pena mientras leía la nota.

—Nos condenaron a todos el día en que esta basura empezó. —le respondí antes de centrar de nuevo mi atención en Michael. —¿Y esto por qué Mich?

El soldado se encogió de hombros ante mi pregunta.

—Vamos a otro sitio. —dijo calzándose de nuevo las botas.

Salimos de las celdas de descanso. Como en todo el recinto, las paredes del pasillo al que dimos eran de chapa blanca e impoluta. Era un corredor largo, a través del cual se accedía a las diversas zonas de descanso llenas de soldados preparados para volver al frente. Aquel hangar, se componía de dos pasillos; el norte y el sur.

El pasillo sur, era dónde nos encontrábamos nosotros y el resto de soldados, el lugar de las zonas de descanso y las terrazas de vigía. El pasillo norte, comunicaba con las dos zonas de acceso al exterior. Lugar al que nos dirigíamos.

En cada una de las zonas de acceso norte, había un despacho bastante amplio, con dos soldados de la brigada médica encargados de controlar que no entrara ni saliera nadie sin haberse realizado las pruebas del virus, y ellos mismos se encargaban de realizarla.

Al llegar a uno de los puestos de control, Mich accionó el botón de reconocimiento, y la cámara del escáner apareció en la pared, proyectando unas luces rojas parpadeantes sobre las cuales debíamos colocar uno de los ojos; la primera prueba de contagio.

Primero Michael colocó el ojo izquierdo en la luz, y luego lo hice yo.

—Limpios. —confirmó uno de los médicos a través de un altavoz.

Al instante, la compuerta que nos separaba del despacho, se abrió para permitirnos el acceso.

Era una sala grande y bien iluminada por una luz blanca y pura. Las paredes eran planas y sin poros, para facilitar así la limpieza y desinfección en caso de contaminación. Justo en medio, había un sillón bajo un brazo mecánico que colgaba del techo, y se utilizaba para extraer sangre y analizarla. Apartada de la silla justo al fondo, estaba la mesa blanca de contrachapado con dos ordenadores para los sanitarios encargados de realizar la prueba. Iban cubiertos hasta el último centímetro de piel. Llevaban un traje NBQ de color amarillo especial para militares que los protegían de cualquier cosa. Bajo él, además, tenían

puesta una mascarilla y gafas de protección individual.

—¿Usted otra vez Schulz? ¿No acaba de hacerse la prueba hace quince minutos?. —preguntó uno de los médicos sin levantarse de la mesa.

—Tenía que entregarle personalmente una notificación al cabo García. Nos han convocado a una reunión y venía a buscarlo.

—¿De parte?

—De la coronel Ackermann.

El médico se revolvió en la silla y me hizo un gesto para que le entregara la notificación. Asentí con la cabeza, me acerqué de un solo paso a la mesa. y le entregué la nota. El hombre del traje le dio un vistazo rápido y me la entregó al momento.

—Schulz.

—¿Si, doctor? —preguntó Michael al tiro.

—Pasa directamente, solo se la haremos al cabo para ahorrar tiempo.
—informó el médico al mando.

Mich esbozó una sonrisa y bordeó la mesa para sentarse en una silla al fondo de la habitación.

No me gustaba nada el protocolo de la prueba, era molesto y doloroso. Consistía en colocar primero la cabeza en una almohadilla recubierta con un plástico que había pegada a la pared. El dispositivo era un sensor que controlaba con una exactitud perfecta la temperatura. Hasta aquí bien, era la segunda parte la que no me gustaba.

Debía sentarme en sillón similar a una silla eléctrica , y mediante el brazo mecánico controlado por uno de los médicos, te extraían varias muestras de sangre del cuello. Le tenía mucha fobia a las agujas desde bastante temprano, y cada vez que se me acercaba una, sudaba y sudaba la gota gorda solo de pensar que tenía que atravesarme una vena y succionarme la sangre como un enorme mosquito del jurásico. La sensación era bastante desagradable, y algunas veces la gente se desmayaba debido a la velocidad con la que la sacaban, o incluso a la monstruosa cantidad que necesitaban. En algunos casos se requerían hasta seis tubos con tal de hacer más exhaustiva la prueba.

—¿Yo no me la puedo saltar también? —pregunté por si había alguna oportunidad de evitarla.

El doctor sentado a la derecha de la mesa soltó una carcajada.

—A este dale cuatro pinchazos antes de sacar algún mililitro de sangre.

—le dijo el médico a su compañero, que le respondió con una sonrisa de complicidad.

Hice caso omiso a la burla y me senté sobre el sillón con la mayor serenidad que pude reunir. A medida que el brazo mecánico iba acercando la punta de la aguja a mi cuello, de mi cabeza empezaba a chorrear sudor sin parar. El brazo mecánico se movía y se movía haciendo aquel ruido chirriante cada vez que cambiaba de posición. El médico falló a propósito el intento de entrar en mi vena varias veces, clavándoseme en el mentón y la nariz, y cada vez me revolvía de dolor en mi sillón de tortura.

—Si te sigues moviendo así el próximo pinchazo irá al ojo. —amenazó burlón el médico a cargo del extractor de sangre.

—Hijo de puta... —pensé para mis adentros clavando los dedos con fuerza en el reposabrazos..

El brazo mecánico volvió a ponerse en movimiento con aquel ruido chirriante a desengrasado que hacía, clavándose por fin en la vena.

La aguja succionó sangre en cantidades industriales, hasta llenar cinco tubitos de cristal que se almacenaban en un compartimento lateral del aparato.

—Listo, puede esperar sentado ahí cabo García. —informó uno de ellos haciéndome un gesto para que me quedara sentado-

El Dr. Hopler se levantó de su cómodo asiento, y sacó los tubitos para llevarlos a una centrifugadora. Pasaron cinco largos minutos de silencio humano. Solo se escuchaba el ruido de la centrifugadora dando vueltas a toda velocidad, que parecía que de un momento a otro el aparato iba a echar a volar. El centrifugado culminó con un pitido agudo, y el médico sacó lentamente los tubos.

Con sumo cuidado, los puso al trasluz de la bombilla del techo, y los examinó uno por uno sin dejar escapar detalle. Tenían un color rojo negruzco, excepto el último, el frasco en el cual puso más atención. Era rojo como el resto, pero tenía diversas capas transparentes que separaban los tonos rojizos de la sangre.

El doctor Weber, el que estaba sentado frente al ordenador, se dirigió hacia su compañero y le hizo un gesto para que le diera el frasco.

—¿Que narices es esto? —preguntó dándole el tubo a su compañero.

Weber le arrebató con cuidado el frasquito de la manos sin decir una palabra, y lo observó desde tan cerca que podía casi tocar el cristal con la punta de su nariz. Lo miró y lo miró con detenimiento, pero en sus ojos parecían haber muchas dudas e inquietudes.

—Se me olvidó decirlos que David era un mutante. —bromeó Michael por detrás para quitarle un poco de hierro al asunto, pero aquellos dos no le hicieron ni caso, seguían ensimismados observando mi muestra sangre.

Yo no sabía que estaba pasando, aunque bueno, ellos parecía que tampoco. Simplemente me limité a quedarme sentado en la silla pensando en la notificación de la Coronel. Era una muy buena oportunidad para conseguir salir de la frontera. Pero aún me faltaba más información para llevar a cabo el plan.

Weber que aún se encontraba sujetando el frasco, lo agitó con cuidado. Mi sangre parecía densa. Flotaban algunos grumos que se iban intercambiando la posición con la capa transparente. Los movimientos que hacía el plasma eran hipnóticos, e inquietantes para el doctor. Por lo que depositó el frasco en una tubería de transporte que absorbió de golpe el tubito.

—¿Al laboratorio? —preguntó Hopler al ver que el sanitario enviaba la muestra a analizar.

Su compañero asintió con la cabeza y se sentó de nuevo frente al ordenador.

—¿Me puedo ir ya? —pregunté impaciente. Sabía que la oportunidad de entrar en la Séptima era demasiado buena y que por consiguiente algo malo tenía que pasar.

El médico ya sentado sobre su silla negó con la cabeza.

—Te quedarás aquí hasta que tengamos respuesta del laboratorio.
—repuso.

Desvié la cabeza hacia Michael que se encontraba a punto de intervenir.

—Doctor, si no tiene claro del todo el que esté infectado, déjenos pasar, Ackermann quiere hablar con él urgentemente. —dijo Michael desde la silla. —Vamos sin tiempo, volveremos después a por los resultados.

—Lo siento pero tengo voz para anteponer la salud del resto a la misión que podáis tener. —dejó claro bien claro Weber sin levantar un solo dedo

mas que para cambiar de tecla.

No podía ser que estuviera infectado. No tenía síntomas, y hacía ya una semana desde la última vez que se me obligó a salir exterior. Aquellos días hice la guardia en las terrazas de los puestos de vigilancia, así que solo podía mantener contacto con gente que hubiera pasado el control. Pero si por casualidad daba positivo, acabarían encerrándome un mes probablemente en cuarentena y perdería la oportunidad de salir de ahí. Así que intenté salir del paso justificándome.

—Doctor, puede comprobar en mis registros que hace una semana que no paso el control, por lo que es imposible que esté infectado, no he salido al exterior. —intenté justificarme desde la silla.

—Muy bien. —me respondió en seco. —Cuando las pruebas me confirmen lo que me estás diciendo te dejaré ir. ¿Entendido? Ahora puedes seguir ahí sentado esperando.

Se escuchó a Michael suspirar y desvió la atención hacia él. Estaba nervioso, lo conocía bien y algo le inquietaba. Le admiraba. A pesar de la situación en la que se encontraba la raza humana, vivía con una calma envidiable. Siempre sabía que hacer. Siempre sabía como actuar y volver la situación a su favor, pero vi algo en él que no parecía tener bajo control. Era un hombre de tez pálida de por si, aunque aquella vez empezaba a estar más blanco de lo normal

Michael se levantó de golpe de su asiento. Su mirada seguía siendo de preocupación, pero ese temblar de cejas... lo conocía bien. Algo pasaba.

—Yo estoy limpio, por lo menos déjeme ir a avisar a Ackermann para que atrasen la reunión. —propuso Mich.

—Lo que quiera con tal de que se calle. —contestó bruscamente Weber.

Michael quedó de pie varios segundos observando teclear al doctor sin cesar el tembleque de ceja, y finalmente se plantó frente a la puerta que conectaba con el exterior para salir. Ante su presencia, ésta se abrió automáticamente permitiéndole salir. Pero antes de irse, me hizo su característico gesto de despedida; se llevaba el dedo índice y corazón a la frente, y me miraba de aquella forma tan pedante y superior. La gente que no lo conocía pensaba que era un chulo y un prepotente, pero era una de las mejores personas que había conocido y un gran amigo.

Al abrirse la puerta salió rápidamente cabizbajo. Yo me quedé solo en la sala con los dos sanitarios, sentado en el sillón con un dolor enorme todavía en el cuello por los innumerables pinchazos fallidos en la

búsqueda de mi vena yugular. Estaba bastante tenso y pensativo.

—¿Por qué tanto misterio con una simple muestra de sangre?— Me preguntaba.

Intenté ponerme de pie para estirar las piernas, pero Weber me hizo un gesto inmediatamente para que me quedara sentado.

—¿De verdad estoy infectado? —pregunté acomodándome de nuevo en la butaca blanca.

—Eso queremos saber. —respondió Weber ya separando la vista del ordenador. —Hemos detectado una anomalía en la muestra de sangre y queremos confirmar sospecha.

—¿Y en caso de dar positivo? —quise saber con un tono nervioso.

—En ese caso actuaremos en función de la malignidad del virus y procederemos a la cuarentena seguramente.

Asentí con la cabeza ante la información del médico y me quedé en el sitio. No podía ser que estuviera infectado. Cavilé y repasé durante aquel tiempo de espera todas las situaciones que hubieran podido favorecer el contagio, pero no había ninguna, siquiera síntomas, cosa que me tranquilizaba. Los minutos se hicieron largos, seguía dolorido por el pinchazo y pensando en lo mío. Los médicos continuaron con su trabajo y escudriñaban carpetas con información variada en el ordenador. Mientras tanto, Weber que estaba a cargo, hizo varias llamadas a otros departamentos para informarse sobre las situaciones de otros pacientes.

—Vuelve a colocar la cabeza en el termómetro, vamos a comprobar la temperatura otra vez —me ordenó Hopler mientras su compañero continuaba con las llamadas.

Me levanté del sillón y apoyé la frente en la almohadilla. Era muy blandita y reconfortante, de almohada hubiera estado bien.

—Treinta y siete con dos. —dijo el doctor comprobando el indicador digital de temperatura que estaba al lado de la almohadilla.

En ese momento, otro teléfono que había en la mesa empezó a sonar. Hopler, que se encontraba en la zona del termómetro, se dirigió hacia el aparato para cogerlo, ya que su compañero seguía ocupado realizando llamadas.

—Departamento de control, al habla el doctor Hopler.

El médico se quedó en silencio y se acercó al ordenador para comprobar algo.

—No, todavía no me han llegado los análisis.

De nuevo unos instantes de silencio, debía de estar hablando la otra persona.

—¿Preocupantes? —preguntó el doctor.

Silencio e inquietud.

—De acuerdo —prosiguió Hopler. —Revisa los envíos. Necesito con urgencia el informe en dos minutos. —dijo antes de colgar el teléfono de forma brusca.

—¿Se referían a mis pruebas, doctor? —quise saber nervioso nada más finalizar la llamada.

El médico asintió con la cabeza sin prestarme mucha atención, y empezó a buscar en más carpetas del ordenador. Su compañero, que se encontraba todavía comunicándose con otros departamentos, se acercó sin soltar el teléfono a observar de cerca como Hopler escudriñaba carpetas sin éxito.

—Teniente, le llamo en unos minutos. —le cortó Weber para ayudar a su compañero a buscar el informe —¿Has mirado en la carpeta de residuos?

—Si, y no hay rastro de ningún informe —el doctor soltó un suspiro. —Con el LH4 esto no pasaba...

Me quedé en pensativo y asustado. No podía ser de ninguna de las maneras que estuviera infectado. De repente, y para bajarme de las nubes en las cuales me encontraba danzando, el doctor exclamó que el informe acababa de llegar. Mi corazón dio un vuelco seguido de un aumento brusco de la temperatura de mi cuerpo que me provocó una arcada. Temblaba, todo en mí empezó a moverse sin control alguno.

—Aquí está. —dijo el doctor con un tono de alivio.

Weber, acercó su nariz cubierta por el material protector, y se quedó de pie leyendo junto a él en silencio el comunicado que les había llegado del laboratorio. Tras unos instantes incómodos de nerviosismo, Weber desvió la mirada hacia su compañero.

—Está todo bien. —dijo el que estaba de pie con incredulidad.

—Si.

—¿Y dónde está la información preocupante? —quiso saber.

Hopler se encogió de hombros ante la pregunta.

—Se habrán equivocado de análisis, por que esa muestra de sangre era totalmente anormal. —el médico agarró el teléfono de nuevo. —Voy a llamarles.

Pasaron varios segundos, y seguía sin recibir respuesta. Colgó el teléfono y volvió a intentar establecer contacto, pero nada.

—¡Joder! —exclamó Hopler dando un golpe seco contra la mesa, que hizo tambalear los objetos que había en ella.

En ese momento, el timbre del exterior sonó con un pitido agudo bastante molesto. Al instante, el médico echó un vistazo a la cámara que daba al pasillo, y vio a tres soldados con trajes NBQ cargando en camilla a un soldado convaleciente que expulsaba sangre de la boca como si fuera vómito.

—¡Soldado infectado! —gritó uno de ellos desde fuera.

Los médicos se miraron con incredulidad ante la estampa.

—Llévalo a la enfermería, este no es su sitio. —les informó Weber por el micrófono.

Uno de los soldados se acercó nervioso a la cámara desde el exterior.

—¡Acaba de llegar un regimiento entero de infectados y la enfermería está desbordada! —gritó el soldado.

El doctor Weber centró su atención en mí.

—Tenemos que dejarlo salir—dijo el médico sin desviar la atención de mi persona. —Las pruebas determinan que ha dado negativo y el protocolo no nos permite tenerlo con un infectado dentro.

—¡A la mierda el protocolo! —vociferó Hopler zarandeando los brazos. —¿No ves que este chico también esta infectado? ¡No podemos dejarlo salir!

—Soy tu superior, Hopler, hay que ceñirse al protocolo. Ha dado negativo. —le ordenó con contundencia a su compañero, a la vez que sacaba de un cajón una máscara de plástico. —Tóma —dijo lanzándomela. —No te

acerques cuando entren.

Agarré al vuelo la mascarilla y me la puse lo más rápido que pude. En ese momento, sentí un alivio que calmó el tembleque que me azotaba, y tras aquella tensa prueba, pude respirar de nuevo tranquilo.

Me levanté de aquel sillón de tortura con la máscara ya puesta, y me dispuse a salir por la puerta, cruzándome con los soldados que entraban cargando la camilla.

—Si al final resulta que está infectado, yo mismo me encargaré de entregarles a los franceses a los incompetentes del laboratorio para que les vuelen los sesos. —escuché a Hopler maldecir mientras yo salía sano y salvo de la sala.

Capítulo 4

Capítulo 3 "Plan Suicida"

Salí al pasillo que daba al exterior con la máscara puesta. Era un corredor exactamente igual al de las zonas de descanso, con las paredes de chapa blanca y bien iluminado. En el suelo, había un reguero de sangre del soldado infectado que acababa de entrar a la sala, el cual ya se estaban ocupando de desinfectar tres soldados trajeados.

—Atento chico. —me advirtió uno de ellos mientras lanzaba a presión desinfectante sobre la sangre.

Con cuidado, bordeé el riachuelo rojo. Debía salir lo antes posible y encontrar a Mich, que probablemente estaría dándole al ron en la cafetería como de costumbre, por lo que seguí a través el pasillo a paso ligero. Estaba más concurrido de lo normal, y desde el corredor se oía un jaleo que provenía de fuera. Continué todo recto y doblé la esquina que ya daba a la plaza principal.

El mundo se abrió ante mis ojos. Los laberínticos caminos de acero iluminados por aquella molesta luz artificial, cambiaron por una inmensa plaza llena de locales y campamentos, y el aire volvió a inundar mis pulmones, purificando las motas de mierda, sudor y miedo que respiraba en la celda.

La plaza, como todo el mundo la llamaba, era el centro de actividades de los que estábamos ahí, excepto para algunos que como yo preferían mantenerse reclusos en las celdas, a codearse con el resto para así evitar cualquier posible contagio. O simplemente para no tener que estar sometíendome constantemente a las pruebas del virus salvo que fuera necesario.

Justo al salir, si girabas la cabeza hacia la izquierda, estaba el gimnasio. Templo de peleas y brutales palizas que se daban entre ellos por algunos recursos como la comida. Yo prefería mantenerme alejado. Aun que tenía una buena complexión y mala leche cuando me tocaban las pelotas, pero era sensato y evitaba tener que zurrarme con cualquier capullo que tuviera hambre. Por que el hambre, queridos lectores, como había sido siempre hasta que el mundo empezó a ser civilizado y con nuestra moral de doble fondo, convertía a un gatito, en un león capaz de arrancarte la cabeza de cuajo por un muslo de pollo.

A la derecha, tenían montada la enorme carpa verde de la enfermería, que en aquel momento, estaba desbordada por las decenas de camillas móviles con enfermos escupiendo sangre y delirando a las puertas de la muerte. El pánico después de mucho tiempo volvía a mostrar sus primeros

brotos en el fuerte de Lörrach. Revisé bien mi mascarilla, y avancé entre la multitud con el codo por delante. Los gritos de dolor y agonía de los enfermos, se superponían al ruido de los aviones que surcaban nuestras cabezas.

Al llegar al centro de la plaza, donde estaban las carpas de recreo, Michael me interceptó nervioso con un placaje.

—Menos mal que mi plan ha funcionado y te han dejado salir. —dijo Mich agarrándome del brazo para llevarme dirección a la estación de comandancia. Llevaba puesto el equipo de protección básico; máscara biológica y guantes.

—¿Tu plan? —pregunté mientras avanzaba sorteando a los soldados que corrían como pollos sin cabeza por el lugar.

—No hay tiempo, lo importante es que estas fuera. Vamos con Ackermann. —me respondió sin dejar de correr.

Al fondo de la plaza, justo al lado de la cafetería, estaba la entrada al puesto de comandancia, custodiada por cuatro soldados armados y con el traje biológico puesto.

—Identificación. —ordenó uno de ellos.

—Michael Schulz. —dijo al tiro.

El soldado zarandeo la cabeza en dirección a mí.

—David García. —respondí sacando la carta de Ackermann.

Con desprecio agarró el papel y verificó la información.

—Podéis pasar. —informó apartándose para permitirnos el paso.

El puesto de comandancia era la sala de reunión de los altos cargos, donde se tomaban las decisiones de ataque y controlaban las misiones activas de la Séptima división del destacamento de Lörrach. Era una sala enorme e iluminada únicamente por las luces de las decenas de ordenadores de los operarios que estaban controlando las misiones activas en ese momento. Justo en el centro, entre los operarios, había una mesa ovalada de metal bordeada por ocho asientos. En la mesa, estaban Ackermann y los altos cargos ya sentados en sus puestos. Eso si, bastante alterados y discutiendo probablemente sobre lo que estaba pasando.

Al entrar, Ackermann cortó en seco la discusión, y todos centraron su

atención en nosotros.

No había visto nunca a la coronel, ya que residía en el destacamento de Hasel y no solía comunicarse con nuestro puesto más que por órdenes externas, pero supe que era ella al instante, pues desprendía un aura de poder que abrumaba desde kilómetros de distancia. Era alta y bien formada. Lucía un cabello largo delicadamente recogido, y rojizo como los mismísimos cimientos del infierno. Sin embargo, lo que más me llamó la atención eran sus ojos. Verdes y penetrantes. Hubiera apostado mis pelotas a que eran capaces de adentrarse en lo más profundo de los pensamientos de una persona con solo mirarla.

La coronel se levantó del asiento y se dirigió a nosotros con una calma que a los otros miembros de la reunión les faltaba.

—Os estábamos esperando. —dijo señalando dos lugares vacíos al final de la mesa. —Tomad asiento.

Un hombre corpulento que se sentaba a su lado, al contrario que ella, nos miraba con odio por algún motivo que desconocía.

—Yo no los estaba esperando, no se por que están aquí. —dijo el hombre dando un fuerte golpe sobre la mesa. —Por el amor de Dios ¿A esto hemos quedado como mando? ¿A depender de un borracho y un don nadie? —

—Yo si Devin, que es lo que importa aquí. —le respondió Ackermann con contundencia. — Así que relájate.

La verdad es que tenía razón, pensé. No sabía por qué estábamos ahí, o por lo menos yo. Mich siempre conseguía contactos y se codeaba con la gente con algún tipo de influencia. Pero yo, siempre me mantenía al margen de todo.

Mich soltó una carcajada.

—Devin... Devin... Se alardea por ahí de tu calma y capacidad para manejar la situación. —dijo Michael sin borrar la sonrisa de su cara— Seré un borracho y él un don nadie, pero tengo entendido que nos necesitan aquí más que a tí, así que por favor, baja esos aires que me gastas.

La cara de Devin se encendió al instante. Sus ojos, se inyectaron en sangre en cuestión de segundos, y sacó su pistola que encañonó contra Michael.

—¿Cómo te atreves sucia rata?! —vociferó el hombre sin dejar de

apuntarle.

A pesar de tener el arma de uno de los altos cargos apuntándole, Mich no perdió los nervios, y ni siquiera borró el más mínimo rastro de sonrisa. Sabía algo que yo no. Por lo que me limité a quedarme ahí, de pie, sin entender nada de lo que estaba pasando y sin decir una sola palabra, como el resto de la sala, que quedó muda. La coronel sin mostrar preocupación, colocó su palma sobre el cañón del arma de Devin y la bajó lentamente.

—El borracho tiene razón Devin —dijo Ackermann con serenidad. —Lo necesitamos, así que vuelve a sentarte o lo haré yo por la fuerza.

El hombre frunció el ceño y escupió al suelo.

—¿Y al otro mentecato para que lo necesitamos? —preguntó de malas maneras.

—Por que el borracho nos ha pedido que esté aquí. —le respondió Ackermann. —Así que de ahora en adelante, lo verás como a un igual.

En ese momento le lancé una mirada a Mich, que seguía observando a Devin con superioridad sosteniendo la sartén por el mango.

—Ahora, basta de cháchara inútil. —repuso la coronel. —Sentaos.

Con la adrenalina por las nubes, tomé asiento junto a Michael en aquella mesa esperando recibir algo de información que aclarara para que nos necesitaban. Éramos ocho integrantes en la reunión.

Ackermann puso sobre la mesa dos sobres que nos pasó a Michael y a mí.

—Son los últimos informes de Inteligencia. —dijo Ackermann. —Abridlos.

—Señorita Ackermann, no creo que sea buena idea compartir esta información con alguien que tiene vínculos con altos cargos franceses —dijo uno de los otros tres que quedaban por hacer acto de presencia. Era el capitán Adler. Lo había visto alguna vez al mando en algunas operaciones de la Séptima. Un hombre que imponía. Tenía una barba castaña bien cuidada, y unas facciones robustas y machacadas por la guerra.

La coronel le lanzó una mirada dura y contundente y colocó su pistola sobre la mesa.

—Son precisamente esos vínculos lo que los han traído aquí. —Ackermann guardó silencio y fulminó con la mirada a cada uno de los que estábamos

en esa mesa. —El próximo que vuelva a cuestionarme lo fusilo aquí mismo sin importar las medallas. ¿Queda claro?

—Lo siento coronel. —se disculpó Adler con el rabo entre las piernas.

—Bien. —prosiguió. —Abrid los sobres.

Con las manos temblando, saqué el contenido del sobre. Era un papel bien doblado que contenía unos planos y la foto de una persona. En ese momento, giré la cabeza hacia Michael. La persona de la foto era él.

—No soy yo, tranquilo. Es mi hermano. —me aclaró Mich.

—Efectivamente —repuso la coronel. —Tu hermano ahora mismo es el máximo cargo del laboratorio de investigación biológica en Francia, como ya sabrás.

Michael asintió con la cabeza.

—¿Y pretendéis que haga qué? —quiso saber frunciendo el ceño.

—Pretendemos que consigáis la vacuna que han desarrollado contra la nueva mutación del virus, que ahora mismo, como habéis visto, está llegando a nuestras fronteras. —informó Ackermann sacando dos nuevos sobres que nos entregó. —La han desarrollado junto a los americanos, y están aprovechando esa exclusividad para ganar más poder del que ya tienen. Y salvo Asia, el resto de potencias no tenemos recursos suficientes para desarrollar otra vacuna contra la nueva mutación. —Ackermann activó un dispositivo holográfico que proyectó en el centro de la mesa una tabla de valores. —Como podéis ver, hace meses que sabemos de la existencia de ésta mutación, y hemos estado trabajando sobre ella, pero ni nos hemos acercado al éxito. Tenemos sospecha de que ha sido mutada de forma artificial por el laboratorio de tu hermano, y el estadounidense, así que conociendo sus métodos, habrán tomado medidas para que solo su eje tenga acceso.

Michael no podía dejar de sonreír. A pesar de lo bien que lo conocía, me costaba discernir entre si la sonrisa que cargaba era de incredulidad, nerviosismo, o simplemente para quitarle hierro al asunto.

—Y bien, coronel, ¿pretende usted que mi hermano me la dé por las buenas solo por haberle dejado jugar con mis juguetes de pequeños? ¿O tal vez por haberle conseguido aquella chica en el instituto? O si hay otro motivo, me gustaría saberlo.

El ambiente empezó a tensarse y Devin volvió a intervenir.

—Por Dios Julia, hay más vías para conseguir la vacuna.

La coronel agarró la pistola de la mesa, y puso el cañón sobre la frente de su compañero. Tenía la mirada perdida, y tal vez era miedo lo que rezumaba en ella, pero intentaba mantenerse firme y con el control de la situación. Sin embargo, a pesar de su poder y su intento por mantener aquella coraza bajo la cual se refugiaba lo más rígida posible, tras esos ojos verdes vi temor e incertidumbre.

—No las hay Devin, por eso estamos aquí, así que por favor... cierra el pico y no me obligues a apretar el gatillo.

En ese momento otro de los componentes de la mesa intervino. Era un hombre mayor, debía rondar los sesenta años.

—Sargento, por favor no interrumpa —le pidió amablemente el hombre canoso. —Votamos a favor en su momento el plan de la coronel. No lo haga más difícil de lo que ya es. No nos quedan más opciones.

—Gracias Joseph. —dijo Ackermann bajando la pistola.

Michael intentó tomar de nuevo la palabra.

—Por lo que me comentó en su momento, deduzco que quiere que nos infiltremos en el laboratorio y robemos una muestra de la vacuna, ¿verdad?

La mujer de cabellos rojizos asintió con la cabeza sin parpadear, y continuó con la explicación.

—Los espías que se infiltraron antes de cerrarse las fronteras, llevan años filtrándonos información. —continuó Ackermann desde su asiento. —Pero la más importante ha sido la investigación de los últimos meses sobre el hallazgo de la vacuna de la nueva mutación. Ahí es donde entramos en juego nosotros. —paró un segundo para tomar aire. —Para acceder al laboratorio biológico, se necesita un reconocimiento facial y de voz.

Tras esas palabras entendí realmente el por qué nos necesitaban. Lo que querían era que Michael pusiera la cara en el sensor, y así poder entrar en el laboratorio.

—Creo que sois lo suficientemente inteligentes para adivinar como entrar, ¿verdad?

—Si, coronel. —dijo Mich. —Pero creo que también soy lo suficientemente inteligente como para saber que con una bala en la cara el sensor no va a

reconocerme.

—Formaremos una nueva división bajo mi mando. —Ackermann guardó silencio un segundo. —Hoy nacerá la Octava. División a la que acompañaré, y lideraré bajo órdenes del presidente y el General del ejército Alemán. Actuaremos bajo tierra y con toda la carne en el asador. No será necesario que el sistema tenga que reconocerte con un tiro entre ceja y ceja.

La idea me parecía una de las mayores locuras que había escuchado desde que nos informaron por primera vez de las medidas de actuación ante la pandemia. Y realmente yo pintaba menos en esa reunión que Van Gogh sin oreja ni manos.

—Michael, yo no debería estar aquí. —interrumpí involuntariamente con la voz tiritando el discurso de aquella mujer que nos quería liderar al suicidio.

—¿Veis? —preguntó Devin intentando darle veracidad a sus primeras premisas. —El don nadie me da la razón.

Ackermann soltó un suspiro.

—Lo siento cabo, pero no hay vuelta atrás, ahora conoces información de extrema confidencialidad. No puedo dejar que abandones la misión con vida. —dijo Ackermann de forma contundente a la vez que hacía dar vueltas la pistola encima de la mesa. —Michael lo supo en el momento que pidió que nos acompañaras.

Mich desvió su atención hacia mí con aquella mirada de seguridad que pocas veces ponía, pero que siempre sacaba a relucir cuando tomaba una decisión por mi bien.

—No te preocupes, debes estar aquí más de lo que crees. —dijo tendiéndome la mano. —¿Cuando te he fallado yo? —preguntó Mich guiñándome el ojo.

Estaba ahí sin quererlo ni beberlo, entre la espada y la pared. No había disparado un arma contra nadie más que los muñecos de las prácticas de tiro. Mi única misión allí era vigilar y llevar a cabo las tareas del destacamento. Sin embargo, ahora me veía obligado a sostener el destino de la nación junto a aquella panda de perturbados por decisión de Michael sin saber por qué.

—¿Y que es lo que puedo aportar yo Michael? —quise saber mostrando enfado en mi pregunta.

—Eso borracho, explícanos a todos que es lo que puede aportar este don nadie. —añadió Devin con una sonrisa de oreja a oreja.

Mich empezó a toser de forma descontrolada y a golpear la mesa.

—Calcio. —masculló entre la tos exagerada.

—¿Cómo? —preguntó el perturbado de Devin.

En ese momento abrí los ojos y me acordé del día en que nos colamos en la casa de unos traficantes de medicamentos, para conseguir las pastillas de mi madre. "Calcio" significaba que había información que no podía darme delante de esa gente.

—Disculpad, a veces me dan estos ataques de tos. —dijo Mich —Es simplemente que me siento más confiado si viene una cara conocida, y que además, me debe un par de vidas, por lo que al igual se puede comer algún balazo por mí. Al fin y al cabo, es mi cara la que necesitáis, ¿verdad?

—Es un motivo más que aceptable y asequible. —dijo Ackermann.

—¿Alguien a parte de Devin tiene algo que objetar?

Todos excepto el perturbado de la barba y aires de superioridad negaron con la cabeza.

—Bien, por que de ahora en adelante, con vuestro compromiso en mano, se hará lo que el presidente, el General y yo digamos ¿Queda claro?

—¡Si coronel! —gritaron los otros integrantes al unísono.

—Así me gusta. Mañana pondremos rumbo al laboratorio de investigación a través de los conductos subterráneos que hemos estado cavando durante estos meses. Tendremos cuatro días de viaje bajo tierra sin descanso. Así que dormid bien.

Michael levantó la mano para intervenir. Era la primera vez que lo veía siendo educado.

—¿Conductos? —preguntó. —Tengo entendido que la Séptima ha estado avanzando a campo abierto.

Ackermann asintió con la cabeza.

—Efectivamente. La Séptima ha sido siempre un señuelo para atraer el foco de atención francés hacia donde queríamos, mientras los zapadores cavaban los túneles. —dijo la pelirroja fría y sin pizca alguna de

remordimiento.

Aquella respuesta fue muy “tranquilizadora”. Estaba a punto de embarcarme en una misión con un grupo de personas a los que les importaba la vida de sus compañeros lo mismo que la de una hormiga o una mosca. Habían usado a la gente para enviarlos a morir, prometiéndoles un futuro mejor y objetivos que sabían a ciencia cierta que no iban a poder disfrutar. Gente que sacrificó a compañeros míos, a amigos que tenían sueños, esperanzas, ganas de vivir en un mundo mejor y se esforzaban por ello. Gente como yo. Y gente que precisamente a partir de aquel día podíamos ser nosotros. No tenían escrúpulos a la hora de decidir quien moriría. Elegían con su dedo divino a los desgraciados que pertenecerían a aquel escuadrón suicida, sin darles el derecho a negarse o justificarse para no entrar en su juego. No discriminaban a nadie, pero a la vez nos discriminaban a todos.

—¿Y que nos garantiza que no vamos a ser nosotros los señuelos, coronel? —preguntó Michael.

—Tu cara y tu voz nos garantiza que necesitamos tenerte con vida. —le respondió la mujer con el tono impasible de un político hasta el culo de soberbia.

—¿Y cuando ya no la necesitáis?

—Entonces nada te garantiza que estemos dispuestos a sacrificar lo mismo por vuestra supervivencia. —Ackermann se levantó en silencio, y con superioridad se acercó a Mich —Pero ya no hay vuelta atrás, así que las opciones...

—Las opciones se reducen a acompañaros, o matarnos aquí mismo, ¿verdad? —la interrumpió Michael sin dejarse amedrentar.

—Así es. Y con la primera tenéis más opciones de sobrevivir. —dijo la mujer perfilando una sonrisa digna de la obra de Murillo. —Y oye, hasta os daremos una medalla como vuestra cabeza de grande si volvemos.

Michael le devolvió la mueca que tanto le gustaba plasmar en su cara.

—¿Y se cantarían canciones?

Ackermann asintió con la cabeza a la vez que le tendía su fina y rosada mano, aunque en el fondo, dura y cargada de historias que harían estremecer a cualquier hombre con un mínimo de moral, la cual Mich de buena gana estrechó.

—Y se cantarían canciones, Schulz... Se cantarían canciones.

Capítulo 5

Capítulo 4 "En tierra de nadie"

Aquella noche, por fin pude dormir después de mucho tiempo sobre algo que no hincara trozos de metal o plástico en mi espalda. Por fin pude recostarme sobre una cama que no oliera a sudor ni mierda. Por fin pude relajarme sin tener que oír a gente desesperada rezar, o teniendo pesadillas de las cuales despertaban sonámbulos y arremetían muertos de miedo contra cualquiera que estuviera durmiendo. Por fin...

Tras la intensa reunión que tuvo lugar en el puesto de comandancia, nos dejaron descansar a Mich y a mí en una habitación privada. Así vivían los que tenían poder; en cómodas celdas templadas por el mítológico ser que era en aquellos tiempos el aire acondicionado. Gobernado por el Dios de la electricidad, que no era más que un ente inalcanzable para los plebeyos como yo. Por fin pude sentir calma, paz, y aquel cosquilleo agradable que le proporcionaba a mi cuerpo una cama bien mullida y un cojín que se adaptaba perfectamente a mi cabeza. Sin embargo, lo que más me calmó fue el silencio. Ni un solo avión surcó el cielo aquella noche, ningún explosivo se inmoló en las cercanías. Nada. Solo la sintonía del silencio y la comodidad, que me transportaron a la utopía de la paz.

Pensé en mi madre, mis amigos, mi novia, toda la familia que dejé allí. Me acordé con nostalgia de todo lo que había vivido, y todo lo que probablemente no volvería, pero aquella noche, volvió. No lo estaba viviendo, y aún así lo sentía. A mi madre acariciándome el pelo. A mi chica cenando conmigo o viendo una película después de una dura jornada laboral, sin armas ni virus que pudieran acabar contigo de una forma horrible. El ser humano estaba condenado a sufrir, a sucumbir ante su estupidez en guerras y disputas. Estábamos marcados como raza por una cruel y vil maldición. Destinados durante toda nuestra existencia a luchar entre nosotros y mancillar la paz que tanto esfuerzo y muertes nos costaba conseguir. La misma cruda historia milenio tras milenio... Escrita por un autor inmortal que la adapta y contextualiza a lo largo del tiempo.

Aquella noche, me quedé embobado mirando a través de la ventana el cielo opaco y muerto. No se veía más que la luz fantasma de una estrella, intentando atravesar la capa de contaminación que habíamos esparcido por nuestra atmósfera. Pero aquella luz, tenue y fantasmal, me hipnotizó hasta dejarme dormido por completo. Un sueño profundo y tranquilizador, digno de un tesoro que no se podía conseguir salvo con opio o alguna sustancia relajante, que cuando calaba con el tiempo en lo más profundo de la mente de las personas, la sumía en la dependencia y la locura. La

misma cruda historia, escrita por el mismo autor inmortal.

No tuve pesadillas. No pensé en que mi plan de volver a España se viera truncado por el mensaje de Ackermann. Por que obviamente, a través de kilómetros y kilómetros de túnel que solo llevaba a una estación, no podría tomar un desvío a mi hogar.

A la mañana siguiente, los sonidos de las explosiones y los cazas sobrevolando el cielo, volvieron a forjar aquella rutinaria atmósfera de muerte. Sin embargo, seguía todavía sobre la cama que me había dado aquel maravilloso descanso. Mi mente estaba clara, y mis energías completamente restauradas, lo cual agradecí enormemente.

Me medio incorporé en mi lecho, y desvié la atención hacia Michael, que estaba en calzoncillos frente al lavabo, afeitándose aquella frondosa barba nórdica que dejaba crecer en su cara.

Su rostro duro y prepotente, se tornó un poco más infantil con el afeitado.

—¿Pretendes darle miedo a así a los franceses? ¿O simplemente que te adopten y te cuiden? —bromeé saliendo de la cama para calzarme los pantalones y unos zapatos.

Mich soltó una carcajada. En el fondo le gustaba que usaran su propia arma contra él; la ironía y la picardía.

—Ahora es cuando te diría algo sobre tu madre relacionado con que me la tiro yo junto a otros cientos de hombres —me respondió con la boca torcida sin dejar de observarse en el espejo, afeitando con cuidado la parte de barba que le quedaba. Le dio dos toquécitos a la cuchilla bajo el grifo, y continuó con el afeitado y la palabra.

—¿Pero sabes? —continuó. —Tu madre ha sido como la madre que nunca tuve. Y tu, el hermano que no me dio una patada en las pelotas cuando todo esto empezó. Aunque bien mirado, te voy a decir que eres un soplapollas. —culminó con una carcajada. —Te cagaste vivo en la reunión, Pollín.

—¿Por qué me metiste en esto Mich? —pregunté soltando un suspiro. —Sé que hay un motivo, ¿pero cual?

Mich se pasó la toalla por la cara para quitarse el vello que le quedaba en el mentón, y continuó vistiéndose.

—Lörrach. —susurró. —Te he dicho que tu madre era como la mía. —soltó otra carcajada. —Por Dios David, tu madre era de Leipzig, aquí no tienes a nadie. ¿Crees que me chupo el dedo? Quieres ir a España, por eso moví

hilos para que nos trajeran aquí.

Mich lo sabía, sabía mi plan. Me lo había ocultado y había continuado complaciendo mis súplicas.

—¿Es un suicidio? —se preguntó. —Si, lo es, pero es tu vida. Me diste una familia cuando perdí la mía. No voy a ser yo quien te niegue la vida que buscas.

—Entonces, ¿por qué me has recomendado a una misión de la cual no voy a poder poner rumbo a España? —quise saber.

—Por qué cuando lleguemos a Francia, le daré a mi hermano toda la información que he estado recopilando aquí durante estos años. Pero nada me niega que no me peguen un tiro por el camino. Luego, cuando hagamos caer a Ackermann y sus hombres en la trampa, mi hermano dará recomendación para que te lleven a la frontera y puedas seguir con tu camino.

Abrí incrédulo los ojos como platos mientras me calzaba ya el traje de protección.

—¿Eres un jodido espía? —le pregunté nervioso en voz baja.

—¿Acaso no lo son ellos? ¿Quién te crees que les ha estado pasando información? Vamos Deiv... Ellos mismos nos lo dijeron. —Michael se sentó sobre mi cama con el traje ya puesto y suspiró. —No son ni mejores, ni peores que nosotros. Todos tenemos unos intereses, y nos han puesto en una situación que si no queremos vivir la única vida que nos queda siendo torturados y sucumbiendo a los intereses de otros, lucha por los tuyos y usa las pocas opciones que tienes.

—Tienes razón... —fue lo único que me salió decir. Lo sabía, sabía que el mundo se regía así, pero a veces me olvidaba y necesitaba a alguien como él que me bajara a la tierra.

—Eres mi hermano, Deiv. Te he ayudado siempre, pero cuando llegues a la frontera con España, no podré ayudarte más.

Con los pies sobre la tierra y dispuesto a darlo todo por cumplir mi objetivo, le tendí la mano que estrechó al instante, mostrándome unos ojos risueños, pero tristes, a través de las gafas de protección.

—Prometeme que me escribirás cuando estés en España. —dijo levantándose de la cama. —Tengo entendido que la situación allí es mucho más buena y se mantienen un poco al margen.

—Te lo prometo Mich.

—Así me gusta Pollín. —dijo guiñándome el ojo. —Ahora nos toca mover el culo si no quieres cagarte encima otra vez cuando Ackermann nos eche la bronca por llegar tarde.

Tras la charla, pusimos rumbo ya preparados al lugar de encuentro con los otros seis miembros restantes del escuadrón. La habitación estaba cerca, a unos cuantos pasillos de la zona de entrada al subsuelo. Habían empezado a cavar desde dentro del fuerte, un túnel abierto bajo el suelo de acero y oscuro como la boca de un lobo. En la entrada estaban ya los seis miembros restantes del escuadrón esperándonos.

—Llegáis tarde. —nos dijo Ackermann desde la lejanía a medida que avanzábamos hacia ellos.

—Señorita, nos quería a tope de energía, así que hemos aprovechado un poco más el descanso —dijo Michael.

Ackermann dejó entrever una sonrisa a través de su delicado pero mortal rostro.

—No tengo problema, pero os tendréis que conformar con lo que os ha quedado de equipo. —dijo señalando un par de baúles de acero con inscripciones en la parte superior.

En la caja de la derecha, ponía "Ojo de halcón", mientras que en la otra un solitario "Petirrojo".

—Y bien, ¿es nuestro equipo? —quiso saber Mich acercándose a "Ojo de halcón" —Sabe Ackermann, mi padre tenía uno cuando yo era pequeño. Dejaba que me acercara más bien poco a la jaula. Decía que me arrancarían los ojos y los devoraría a picotazos mientras yo gritaba todavía vivo. Que así, señorita, era como los halcones mantenían esa visión, obligados a comerse los ojos de otras personas y animales con tal de mantener y mejorar los suyos. Eran dioses castigados en su olimpo, y renegados a vivir como pájaros cazadores de ojos.

Ackermann lo miró intentando descifrar entre líneas lo quería decir Mich. Por que siempre que abría la boca, soltaba un mensaje irónico oculto bajo las sábanas de alguna fábula como la que nos estaba empezando a soltar. O simplemente se reía de ti, oculto entre las sombras de la palabrería. Aunque por lo menos, a mí me tenía por un hermano, y lo que me

ocultaba lo mantenía tapado por mi bien.

—Una historia desgarradora para un niño de... —quiso saber Julia.

—Tres, tres años. —le respondió abriendo la cerradura de la caja. —Pero ese día, señorita...

—Coronel, Schulz, me puede llamar coronel. —ordenó Ackermann danzando entre la línea de la ofensa y la ironía positiva.

—Disculpe, Coronel. —Mich dejó bien marcado el cargo militar de Julia con la voz. —Como decía, ese día, fui yo quien se quedó los ojos del pájaro. Así que ahora soy un Dios —Michael levantó los brazos para captar toda nuestra atención como si fuera un sofista con el ágora entero a su disposición —Espero que aquí dentro haya un francotirador preparado digno de un Ojo de Halcón.

Joseph, el veterano del escuadrón, que se encontraba ya junto a los demás con el equipo de protección y armamento ya listo, soltó una carcajada tras el discurso de Mich.

—¡Me gusta este tío! —exclamó dedicándole un aplauso. —Espacio cerrado, visión cero, y tiene las pelotas de meterse ahí dentro con un bicho de arma casi más grande que él. —El hombre se acercó a la caja y la señaló. —Ahí dentro lo tienes lo que quieres. Después de ver la cara de capullos que se os quedaba a alguno de vosotros cuando vierais que no os quedaba otra que entrar ahí dentro con eso, le íbamos a dar algo mejor. No somos monstruos, pero oye, lo de usarlo con tantas agallas ahí abajo tiene que ser digno de ver.

Michael le dedicó al hombre su característica sonrisa y abrió el cofre.

—No te defraudare Viejo. —le prometió mientras observaba embobado el fusil que había dentro de la caja.

Sin montar el mismo espectáculo melodramático de Mich, me acerqué a mi caja para sacar el cargamento y ponernos rumbo a la muerte cuanto antes.

<<Petirrojo, bonito nombre para el equipo de un capullo>> pensé esperándome cualquier mierda ahí dentro. Colocado en el interior de la tapa del baúl, había un subfusil P90 y una pistola Desert Eagle plateada que debía pesar casi tanto como el subfusil. En el interior, también había un cuchillo, para la lucha cuerpo a cuerpo, y un par de granadas de fragmentación y aturdidoras. Me alegró ver un arma pequeña, y no los imponentes fusiles de asalto que llevaban ellos, pero bueno, menos mal que no tenía que cargar yo con el francotirador y lo llevaba Mich de buena gana. No es que yo fuera un tío delgaducho ni poco apto para llevar tanto

peso, me mantenía un forma y genéticamente me favorecía el físico sin tener que ejercitarlo demasiado, pero en un espacio cerrado, y sin haber usado un arma más que para pasearla por las terrazas de vigilancia, una pequeña y fácil de mover era mi mejor baza. Así por lo menos esos capullos dieron en el clavo con las sobras.

—Bien, ¿todo listo? —preguntó Ackermann tras calzarnos el equipo.

—¡Sí, coronel! —gritaron lameculos de Ackermann.

Pero a la mujer le faltó algo más, y nos lanzó una mirada fulminante a Mich y a mí.

—He dicho, ¿todo listo? —repitió de nuevo buscando nuestra participación.

—¡Sí, coronel! —respondimos ya todos juntos.

Estábamos en la sala de la entrada al túnel. El viejo almacén de armas de la Séptima. Era grande y de chapa blanca. Estaba justo dentro de las trincheras del exterior de la muralla, dónde franceses y alemanes se lanzaban metralla y explosivos y jugaban a los soldados.

No quedaba mucho género, tres o cuatro pistolas que ya no servían para mucho sobre una mesa. En el centro de la sala, estaba la entrada. Una caverna oscura que parecía llevarte al centro de la tierra, lugar a dónde la luz no podría llegar jamás.

—Bien, repasaremos lo básico para empezar la operación. —empezó a contarnos Ackermann frente a la entrada. —Una bifurcación, dos equipos. El equipo Alfa; Mich, García, y yo, tomaremos el camino de la izquierda una vez se nos presente. Mientras que Devin, Joseph y Adler, iréis por la derecha como equipo Bravo. Hasta ese momento, iremos todos juntos, y después, utilizaremos la señal de radio del escuadrón para comunicarnos. ¿Queda claro?

Todos asentimos con la cabeza en silencio excepto el tocapelotas de Devin.

—Julia, ¿estás segura de que quieres ir con esos dos? ¿El Dios auroproclamado y el que no ha disparado en su vida? —dijo compadeciéndose de ella.

—Tengo que mantenerlos controlados, Devin, órdenes del General. —le respondió Ackermann.

—¿Todo listo? —preguntó Mich ansioso por empezar ya la misión.

—No del todo, antes debéis tomaros estas pastillas. —dijo sacándose dos píldoras de color azul.

Mich y yo abrimos la mano, y depositó sobre nuestra palma las pastillas.

—No querrás que andemos por ahí con la polla dura, ¿verdad?

—Calla y cómetela.

Sin pensárnoslo mucho nos tragamos la pastilla.

—Son inhibidores de vida. —nos empezó a explicar Julia. —Cuando se digiere la capa de la pastilla, se os adhiere un microchip explosivo en el estómago. La misión está siendo retransmitida por una señal de radio muy potente en el casco del traje, que se puede transmitir desde quince kilómetros bajo tierra, por lo que está siendo seguida muy de cerca y en tiempo real por el General y el Presidente. —Ackermann paró un segundo para tomar aire. —Si ven que atrapan a alguno de nosotros, o pierden la señal, harán explotar el chip para que no nos puedan torturar ni sacarnos información. ¿Queda claro?

Los dos nos quedamos en silencio intenta digerir aquella información, y al igual que a mí, a Mich no le hizo ninguna gracia. Si nos quedábamos del lado de los franceses para conseguir nuestro objetivo, nos harían explotar como talibanes.

—He dicho, ¿qué si queda claro?

—¡Si general! —le respondimos volviendo a la tierra.

—Muy bien, pues en marcha.

Capítulo 6

Capítulo 5 "Érdengar"

Lúgubre y claustrofóbico. Era de la única y escueta forma que podía describir aquel angosto lugar. Un laberinto subterráneo completamente oscuro y hostil. Ahí abajo era imposible que llegara luz natural de ningún tipo, y los escasos dos metros que separaban las paredes del conducto, nos impedían movernos de otra forma que no fuera en fila. La temperatura era alta, y el sudor tras caminar medio agazapados dentro del traje durante kilómetros bajo tierra, nos cocía desde dentro como si fuéramos salmones hechos a fuego bien lento.

Cuatro largos días de camino sin descanso por aquellos túneles, ese era el tiempo que debíamos cumplir hasta atravesar los doscientos kilómetros que nos separaban de Dijón.

A los dos días ahí abajo, el cansancio empezó a azotarme con brusquedad. No sentía los pies, ni las manos, era como si caminara sobre una nube de dolor constante. Me dolía la espalda de caminar agazapado, y las náuseas se convirtieron a partir de ese punto en mi compañera más fiel de viaje. Hasta que no podía soportarlo más en algunos tramos cerrados, y dejaba regueros de bilis por las esquinas como si fueran miguitas de pan. La cueva era agónica. Pero no era el único que sucumbía a su crueldad, todos estábamos igual, solo que el orgullo que tenía esa gente, los movía y alimentaba como si fuera una fuente de energía ilimitada. Sin embargo, la tensión aumentaba, y los ataques constantes de Devin no hacían más que enfurecer a Michael y obligarnos a detener sus incontables disputas. Por suerte, Ackermann había pensado en ello y al tercer día llegamos a la bifurcación del camino, por lo que lo perdimos de vista.

El viaje se volvió más tranquilo a partir de ese punto, pero los incidentes nos habían retrasado y la previsión de poder descansar la última noche se vio forzada a cancelarse, así que no quedó más remedio que avanzar sin descanso.

El último día, ah... siempre lo recordaré como el día en que pensaba que iba a morir de inanición o agotamiento. Pero por lo menos caería desplomado en un lugar dónde nadie tendría que derramar una sola gota de sudor para enterrarme, pues ya tenía mi nicho de tierra y moho esperando ansioso por tenerme inerte en su regazo.

Michael también estaba exhausto, tal vez mucho peor que yo al cargar aquel enorme fusil de la espalda, así que se detenía de vez en cuando a respirar sobre la primera roca que veía. Sin embargo, Ackermann tenía

bien claros los objetivos y los datos, y detenerse no era una opción. Por lo que lo obligaba a levantarse a punta de pistola cada vez que se paraba.

Por suerte, al contrario que a mí, a él lo necesitaban vivo, lo que se tradujo en flexibilidad hacia su persona. En lo que a mí refiere, no tenía un papel claro ahí dentro salvo "la decisión de Michael", así que con una bomba microscópica en el estómago, y cientos de metros dónde ni la luz puede hacerse hueco, aquella mujer no dudaría en acabar conmigo si entorpecía lo más mínimo la operación. Aunque, en aquel momento, morir ahí abajo con un tiro entre ceja y ceja no era una mala idea. Acabaría con mi sufrimiento. Ni mis pies, ni mis manos, absolutamente nada me volvería a doler. Pero por otro lado, ¿Que pasaría si sobrevivía al túnel? ¿Realmente valía la pena asomar la cabeza en una frontera todavía peor que la anterior? ¿En un mundo condenado a la destrucción por nosotros mismos? ¿A que un gilipollas con un mando, panza arriba sobre un sillón frente a la lumbre de su chimenea, con una furcia a su lado escupiendo dinero por la misma boca que se lo da, apriete un botón y me haga volar en pedazos?

Sí. Morir de un tiro en la cabeza rápido e indoloro, era la mejor opción si dabas siquiera una pizca de realidad a las otras. Sin embargo, en aquel limbo entre la vida y la muerte, se instaló un nuevo inquilino a vivir dentro de mí. Lo llamé "Érdengar".

Si, si, sonaba a élfico, pero esa era la idea. Érdengar era mágico, esperanzador, y rebosaba vida eterna. Una nueva perspectiva, una nueva ambición, una nueva forma de ver la vida se plantó con las maletas hechas ante la puerta de mi conciencia. Sentía la necesidad de aferrarme a la vida y no soltarla, a aguantar aquellas calamidades sin tambalearme lo más mínimo.

Desde aquel día, el día en que empezó todo, había visto muchas cosas horribles. Me habían forzado a vivir muchas situaciones que jamás hubiera imaginado lejos de una película postapocalíptica. Había visto la locura dentro de la mente de muchas personas, incluso a la mismísima parca presumiendo con su guadaña en la mano, señalando con su dedo divino a quiénes enviaría a la muerte aquel mes. A gente frente a mi antigua casa, siendo masacrados a plena luz del día por grupos armados solo para robarles alimentos y productos de primera necesidad. No por dinero, el dinero al fin y al cabo ni se comía ni se bebía, sino por comida y medicinas. Productos que antes del 2020 teníamos encima de nuestra mesa cada día al llegar de trabajar, de estudiar, o de simplemente ir a comprar el periódico al quisco de la esquina. Nuestra sociedad del bienestar nos proporcionaba un grifo mágico, que cada vez que nos salía de nuestras pelotas, abríamos y PUM, agua. Si, si, salía agua, y ni nos inmutábamos de que nosotros, personas decentes en aquellos tiempos; profesores, policías, médicos, granjeros y dependientes de tu tienda de zapatos de confianza, entrarían en grupos armados luchando y asesinando

a sus propios vecinos por obtener eso que nos parecía imposible perder algún día; el agua. Por que queridos lectores, no me imagino a ninguno de vosotros enfrente de su lavabo exclamando:

—¡Agua! ¡Mira cariño, es agua! —con una sonrisa de oreja a oreja y danzando alrededor de la pica como si perteneciera a una tribu aborígen del amazonas tras horas y horas de rezarle a su Dios por un par de gotas del líquido cristalino de la vida. Para que engañarnos, no os imagino a ninguno de vosotros haciéndolo.

Pero si realmente estáis leyendo esto, y la sociedad del bienestar ha vuelto a restaurarse, y el civismo por obra divina ha vuelto al ser humano., espero que este diario os haga reflexionar y borre de nuestro linaje a la codicia, a la sed de poder y al miedo del ser humano, y que bajo ningún concepto, vuelvan a ser éstos los pilares que rijan de nuevo un mundo futuro. Que ésto por fin ayude a esfumar esa maldición que llevamos en el apellido Sapiens, de autodestruirnos milenio tras milenio.

Desde ese momento, Érdengar llamó como un testigo de Jehová a mi puerta, al cual escuché, y atendí con la mente bien abierta. Puede que lo hiciera por estar al borde de caer desfallecido, al borde de un ataque de locura ahí abajo, por que no me quedaba opción si quería sobrevivir, pero Érdengar me dio fuerzas para continuar, para avanzar y luchar por la injusticia, por un mundo mejor en el que todo esto no se vuelva a repetir una vez más. Por que si no la detenemos volverá a gobernar con mano de hierro sobre nosotros. La maldición a la que nos enfrentamos, la maldición del Sapiens, es cíclica.

Miedo, poder, guerra, daños, después arrepentimiento, y de nuevo la paz. Esas son la sendas que como raza estamos obligados a recorrer una y otra vez tropezando siempre con la misma piedra del sendero. Por qué estoy seguro, que algún día, con mucho esfuerzo la paz volverá, claro que lo hará, pero si no os quitáis el velo, el miedo llamará de nuevo a vuestra puerta para casaros con su hija; la Muerte. Esa hija que con orgullo ha estado enlazando en matrimonio con todos nosotros desde que tuvimos un mínimo de razón.

Aquel día, queridos lectores, quise vivir. Quise recoger toda esa experiencia en este diario, para que catástrofes como esas no volvieran a suceder. Probablemente, en vuestros libros de historia os cuenten lo que sucedió en estos años tan turbios, pero muy lejos de usar esa información para aprender de nuestros errores, la veréis como simples respuestas para aprobar un examen, o situaciones que jamás se os pasaría por la cabeza poder encarnar.

Guerras ha habido siempre, todos conocemos alguna, ya sea contada por tu libro de historia del instituto, o la película basada en un hecho real que viste hace un par de días en la televisión. Pero la gente que protagoniza

esas historias, sufrió el infierno, el miedo, muchos tuvieron que bailar durante años sobre el fino hilo de la vida, para luego caer al abismo. Como por obra del destino, volveremos a romper esa época del bienestar y confort. A luchar por tierras, poder, beneficio propio, comida, y sobretodo por el agua. Pero aquel día, decidí acabar con todos los que nos negaron el poder bailar felizmente delante de nuestro grifo.

¿Y qué cómo lo haría? Pues no tenía ni idea, pero Érdengar me mantuvo vivo ahí abajo, que era justo lo que necesitaba. Tal vez fuera la idea de la justicia, de la venganza, del odio, quizás el amor propio. Sin embargo, lo único que sabía era que aquella palabra; Érdengar, iba a ser mi credo, y aquellos cabrones del laboratorio, los primeros sacrificios a mi nuevo Dios.

No tenía nada que perder. Siendo realistas, si consiguiera volver vivo a España, nada me aseguraría que mis amigos, mi novia, mi familia, siguieran después de tantos años y calamidades con vida. La comunicación con el exterior se perdió en el momento en que se cerraron las fronteras. Nunca volví a saber de ellos, pero mantuve los recuerdos que no pudieron arrebatarme.

Ya era el último día ahí abajo. Habíamos retomado el ritmo de avance, y la previsión de llegada era de una hora. Acortábamos terreno en silencio, intentando ahorrar hasta la última gota de aliento que era precisamente nuestro más valioso recurso. De vez en cuando Ackermann se ponía en contacto con el equipo Bravo a través del walkie para controlar su posición. El escuadrón de Adler, también había hecho progresos y nos encontrábamos casi a la misma distancia del punto de extracción. Lo cual era un éxito a tener en cuenta.

Sin embargo, aquel día, la maldición del Sapiens esparció sobre nuestro linaje toda la mierda y la desgracia que se había reservado durante milenios para nosotros, los pobres desgraciados a los que le tocó limpiarla. Los ocho años de incansable guerra, acabaron aquel día con un tratado de paz firmado con sangre por nuestra propia estupidez.

—Bravo, aquí Alfa. —dijo Ackermann a través del walkie.

—Alfa, aquí Bravo. —le respondió Adler que estaba al mando. —Dos

kilómetros hasta el punto, cambio.

—Alfa abandonando el túnel, confirmo encuentro en el punto Z en veinticinco minutos. Cambio.

—Recibido. Confirmando encuentro Alpha. Corto.

Por fin habíamos conseguido salir del angosto pasaje. La boca del lobo daba a un hermoso bosque de abetos. Gloria embotellada. Aire fresco y espacio sobre el cual poder respirar libremente lejos del polvo y la humedad. Casi como por acto reflejo, me levanté un poco la máscara, e inhalé profundamente hasta que no quedó un milímetro de mis pulmones que no se inundaran de aquel aire tan puro.

Mich hizo exactamente lo mismo que yo, solo que desesperado, lanzó su máscara al suelo y se echó completamente sobre el césped. Estaba exhausto y al borde de desfallecer.

—Levanta. —le ordenó seca y mustia Ackermann. —Hay que moverse.

—Coronel, está cansado. —le dije.

Ackermann me lanzó una mirada de desprecio.

—¿Me está dando órdenes, Cabo? —me respondió acercándose lentamente a mí.

—Le estoy diciendo que está cansado, simplemente. Déjelo un par de minutos que respire.

—¿Qué lo de...? —la pregunta que iba a hacerme se vio interrumpida por un intenso destello de luz en el horizonte. Un enorme pilar de llamas se alzó majestuoso hacia el cielo en el este. Recuerdo que aquella luz con claridad, era tan intensa como el Sol. La enorme llamarada rojiza se expandió de forma monstruosa a lo ancho, formando el champiñón característico de una bomba nuclear.

No hubo sonido al principio, pues estaba lejos y como los truenos, tardaría en llegar, pero nos mostró el adelanto de nuestro último capítulo como humanos.

—¡Rápido, las máscaras, y al suelo, ya! —gritó Ackermann a la vez que se ponía la suya y rodaba por el césped.

Yo la llevaba colgando del cuello y me la puse al instante. Sin embargo, Mich la había lanzado bien lejos, y no le quedaban fuerzas para moverse.

Por lo que rápidamente corrí hacia su máscara para dársela.

Sin embargo, en el momento en que la tuve entre mis manos, un estruendo ensordecedor seguido de un viento de la fuerza de un huracán, me zarandó por los aires y acabé rodando metros y metros a gran velocidad. El traje se me desconchó en varios puntos por la abrasión de la tela con la grava al ser arrastrado. Dejándome al descubierto varias heridas por quemadura. Tras varios segundos de salir despedido, un denso matorral detuvo mi avance descontrolado.

Me dolía absolutamente todo, era como si me hubieran dado una paliza de muerte ahí mismo. El corazón me latía de una forma frenética, y mis manos temblaban descontroladas, tenía la adrenalina por las nubes. Por suerte, la máscara de protección seguía en su sitio, y evitaba que inhalara el aire contaminado del ambiente.

Como pude, y con el cuerpo lleno de heridas y quemaduras, intenté incorporarme, pero destruido, volví a caer inevitablemente de bruces al suelo. No tenía energías para mantenerme de pie, siquiera las tenía para respirar. Por lo que me quedé panza abajo, con la cara pegada contra el polvo.

Aquel precioso bosque verdoso de robles y abedules, tan lleno de vida y paz, se convirtió en cuestión de segundos en un escenario de muerte y desolación. La enorme muralla de árboles que nos rodeaba, había desaparecido casi por completo. Los grandes gigantes verdes estaban arrancados de raíz, o reducidos a montañas de astilla y pequeños troncos. El basto cielo azul que teníamos sobre nuestras cabezas, se volvió gris... Aquel gris que veía desde la ventana de mi habitación, aquel gris que solo traía tristeza y desolación a mi mente.

El polvo cubrió por completo el ambiente como la densa bruma matutina sobre el Monte Washington. El aire estaba cargado de grandes partículas de polvo y ceniza flotando y danzando libres y dueñas del lugar. Los oídos todavía me pitaban y chirriaban. La cabeza me daba vueltas después de metros y metros de rodar por el suelo, pero por suerte no tenía nada roto.

Con un esfuerzo titánico, intenté levantarme de nuevo movido por la necesidad de ir a comprobar el estado de Michael. Al fin conseguí mantenerme en pie, ayudado por el tronco de un roble, o lo que quedaba de él.

Avancé casi cuadrúpedo y a trompicones por el devastado lugar, cayendo constantemente sobre el polvo y la grava, pero volvía a levantarme.

—iMichael, Ackermann! —vociferaba desesperado a la nada, esperando recibir respuesta de alguno de los dos, pero solo recibía silencio, un

silencio puro y roto únicamente por el crujir de algún árbol que se desmoronaba poco a poco.

Seguí en dirección a la cueva, que se había venido completamente abajo. Escombros y grava, era lo único que quedaba ahí, ni rastro de Ackermann ni Michael, por lo que continué gritando con la poca fuerza en la voz que podía reunir.

Tras no recibir respuesta, me apoyé abatido sobre la misma roca que lo había hecho Michael, y aproveché para recuperar el aliento. En tan solo diez segundos, todo había cambiado. El paisaje de ensueño que te regalaba el bosque, se convirtió en un cementerio de ceniza que danzaba hipnóticamente sobre el viento. Intenté recordar vagamente que pasó con aquellos dos, pero no podía, lo único que se me venía a la mente era aquel fuerte y violento zarandeo de la onda expansiva.

Vagamente y a lo lejos, escuché un sonido débil distinto al crujir de los árboles, un sonido metálico muy similar al de las interferencias de un walkie. Agudicé los oídos, y me levanté con dificultad ayudado por la roca que tenía detrás. Casi sin fuerzas, empecé a andar, y cada paso que daba oía mejor aquel chirrido. Iba a ciegas, guiado únicamente por el sonido el metálico. Todo era polvo, todo era caos flotando en el ambiente. Se hizo de noche a las once de la mañana. Una enorme y densa nube de polvo y cenizas, bloqueaba por completo los rayos del Sol, sumiéndonos en una noche matutina.

Después de avanzar varios metros a través de la neblina, dí con el origen del sonido, justo detrás de un árbol, yacía el cuerpo de Ackermann, cubierto de polvo, con la máscara todavía puesta y completamente intacta. El chirrido eran las interferencias que salían de su walkie.

Con mucho cuidado, me agaché y comprobé su pulso radial. Era muy débil, pero estaba viva, así que intenté despertarla. Sin quitarle la máscara, la zarandeeé para ver si reaccionaba. Me devolvía gemidos y gruñidos, era buena señal.

—¡Coronel, despierte! —vociferé a la vez que le daba golpecitos en el respirador para que despertara.

Funcionó. Ackermann abrió lentamente los ojos e inhaló todo el aire que pudo como si acabara de despertar de una pesadilla. Sin embargo, la pesadilla no estaba en su cabeza, sino fuera.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó intentando incorporarse. Estaba igual de echa polvo que yo, pero con mi ayuda consiguió levantarse.

—Sé lo mismo que usted. —le respondí.

—Una explosión... ¿Qué narices ha pasado aquí? —masculló a la vez que observaba incrédula el cambio radical que había dado el paisaje.

Como si hubiera tenido una revelación, buscó nerviosa el walkie, que estaba medio enterrado en el polvo.

—Bravo, aquí Alfa, informe de situación, cambio—dijo a través del aparato. Pero no hubo respuesta más que el ruido provocado por las interferencias.

La mujer giró una de las ruedecillas del walkie y continuó insistiendo.

—Bravo, aquí Alfa, informe de situación, cambio. —dijo inútilmente, pues seguía sin recibir respuesta. —¡Joder! —exclamó lanzando el aparato contra el suelo. —¿Dónde está Michael?

—No lo sé, lo estuve buscando igual que a usted, pero no hay rastro.

Ackermann cada vez estaba más nerviosa y empezó a dar vueltas buscando su mochila, que encontró oculta entre la ceniza. De la bolsa sacó un pequeño escáner que mostraba unas coordenadas con diversos puntos.

—¿Qué es lo que marca? —pregunté.

—Nuestras ubicaciones. Aquí estamos nosotros dos, y ese punto de ahí. —dijo señalando un círculo a cincuenta metros de nosotros. —Es Michael. Tenemos que darnos prisa, tiene las constantes vitales bajo mínimos.

—¿Nos ha puesto un rastreador?

—Vosotros mismo os lo tomásteis.

—Así que aquella pastilla no era una bomba, ¿verdad? —quise saber.

—Tenía que comprobar que podía confiar en vosotros. Ahora, ¿Quieres salvar a tu amigo, o no?

Asentí con la cabeza completamente aliviado, y pusimos rumbo al lugar que marcaba el dispositivo.

Estaba a cincuenta metros, tirado en el suelo y con una gruesa rama atravesándole el pecho. Tenía los brazos rotos, y las piernas completamente fuera de sitio. Verlo en aquel estado me provocó una

arcada que con dificultades pude detener.

En aquel instante, un hilillo de vida salió del cuerpo de Michael en forma de jadeo. Como un rayo, me agaché para levantarle la cabeza, que la tenía caída a la altura del pecho. No llevaba la máscara, y tenía la cara completamente desfigurada, irreconocible, pero respiraba, así que intenté quitarme la mía para dejársela un rato a él.

—No te la quites. —me advirtió. —Ya está muerto, hay que irse.

—No me voy de aquí sin Michael. —le dije con desprecio.

—Tiene la cara destrozada, ya no nos sirve.

Aquellas palabras me encendieron por dentro. La frialdad con la que decidió que Michael era un simple objeto, un número más en la cuenta de muertos a los que habían condenado con aquel dedo mágico, me sacó por completo de quicio.

—¿Eso somos para vosotros? ¿Eh? ¿Objetos a los que tiráis a la basura cuando no sirven para lo que queréis? ¿Eso somos? ¡Este hombre todavía respira, joder! —vociferé con rabia.

La mujer se acercó lentamente a mí, y a través del cristal de sus gafas empolvadas volví a ver aquellos ojos verdes penetrando en mi mente. Fría como el hielo, colocó el cañón de su pistola sobre mi frente.

—Es una orden, Cabo. —gruñó amenazante sin temblarle el pulso.

—Vámonos.

Sin miedo alguno, le acerqué mi cara en respuesta y le susurré lentamente:

—No pienso, irme, de aquí. —reflejé odio e ira en la mirada, pero seguía sin apartar el cañón de mi glabella.

—Pollín... Hazle caso... —balbuceó Michael justo detrás.

Rápidamente me dí la vuelta para atenderle al oír su débil voz.

Estaba débil, machacado y con los miembros completamente dislocados. Verlo así desenterró viejos fantasmas y sentimientos que tiempo atrás me atraparon e hicieron de mi una hoja de papel fina y delicada. Me recordó a mi madre. Un ser querido sufriendo una muerte lenta y agónica, deseando que el final llegue cuanto antes y dejar de sufrir.

Me agaché y lo observé con el corazón en un puño, y él me devolvió una

sonrisa que con dificultad pudo esbozar.

—La coronel... — un reguero de tos ensangrentada lo interrumpió. —Tiene razón... Debéis dejarme aquí.

—No,no, no lo haré. Te pondrás bien, me quedaré aquí. —le dije con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

—¡Shsss! No te he enseñado... a ser un necio todo este tiempo... —la tos volvió a interrumpirlo. —¿verdad? Quiero creer que no.

De nuevo, aquel fantasma me obligaba a mirar a la muerte a la cara, como un buitre esperando a que una persona importante para mí exhalase voluntariamente su último aliento y poder darse el festín con los resquicios de su agonía y su carne sin vida, no dejándome otra opción que aceptarlo por las buenas, o por las malas.

A pesar del dolor, yo también esboqué una sonrisa y le puse la mano sobre el hombro.

—Has sido un buen hermano Mich... —balbucé intentando mantenerme fuerte, pues aquel día, me quedé completamente solo en el mundo. Lo tuve todo, y ahora no tenía nada. Con cuidado y sigiloso, se hurgó en su cartuchera para sacar una jeringa con un líquido verdoso dentro.

—Confía en mí... —dijo clavando la aguja en mi pierna.

Solté un quejido casi mudo para no llamar la atención de la coronel y empeorar la situación.

—¡Ya basta!—ladró Ackermann por detrás.

En aquel instante, en un solo segundo, la situación se tornó más oscura. Una bala rozó mi oreja para ir directa a la cabeza de Mich. No me dio tiempo a reaccionar, para cuando estuve cubierto de su sangre. En aquel instante el tiempo se detuvo. Sí, lo hizo. El tiempo, es relativo. Unos son capaces de detenerlo parcialmente en sus mentes, mientras que en ese mismo instante, otros pueden estar haciéndolo correr.

Lo vi todo a cámara lenta; la sangre salir disparada por doquier, el humo de la pólvora tras la ignición completamente detenido en el aire, y el casquillo metálico a punto de tocar el suelo. Tras varios largos segundos relativos, todo se aceleró de golpe. Mi corazón empezó a latir frenético como si fuera a salirse de mi pecho, la ira corría desbocada por mi ser, y aquel tembleque propio de la adrenalina calando en mi torrente sanguíneo me llevaron a actuar. Sin pensarlo, me di la vuelta y con un veloz golpe de antebrazo hice volar la pistola de Ackermann de su mano, dejándola desarmada momentáneamente. Sus reflejos eran casi sobrehumanos, y

antes de que yo pudiera asestar otro golpe, contraatacó con una fuerte embestida haciéndome caer al suelo de espaldas. Quedó sentada sobre mí, me tenía a su merced. Con fuerza, propinó sin descanso varios puñetazos en mi pecho y abdomen, revolviendo lo poco que había en mi estómago. Una arcada con sangre salió de mi boca, víctima de los golpes de la coronel.

Mientras me avasallaba, con mi brazo derecho y sumo cuidado, alcancé el puñal de su cinturón y se lo clavé en la pierna, me encontraba muy débil, por lo que no pude clavarlo en un punto mortal. Julia no dejó escapar más que un ligero atisbo de dolor tras atravesar su carne con la hoja, y sacó al instante el acero de su muslo para intentar clavármelo en el pecho, pero detuve la hoja con el antebrazo. Atravesó hueso y carne como si fuera el solomillo más tierno del mundo. Sin embargo, el dolor no era tan insoportable como te hacían creer en las películas, la adrenalina inhibía casi en su totalidad las señales del dolor, pero la sangre salía y salía sin control alguno bañándonos a los dos en rojo.

En aquel instante, un torrente de fuerza movió mi otro brazo para asestarle un puñetazo que la hizo retroceder y caer hacia un lado, liberándome de su atadura. Como un rayo me puse de pie y le golpeé las costillas con la punta de mi bota. Mientras se retorció de dolor, alcancé la Desert Eagle que encañoné apuntándole a la cabeza.

—¡Suelta el cuchillo! —vociferé con mi dedo índice temblando en el gatillo.

—No tienes agallas para apretar —masculló entre dientes.

—¡Suplica por tu vida, escoria!

Los verdes ojos de Julia cambiaron de dirección. Un crujir de huesos y el sonido de algo arrastrarse por la hierba sonó tras de mí.

Sin dejar de apuntar a la mujer, volteé la cabeza. Michael estaba arrastrando su cuerpo dislocado y casi mutilado por el suelo en dirección a nosotros. Ya no tenía la rama atravesándole el pecho, dejándole al descubierto un enorme agujero como si fuera un donut. Para colmo, todavía le chorreaba la sangre de la bala por la frente. No era humano. A medida que se arrastraba, emitía gruñidos como si fuera un animal.

Los dos nos quedamos fríos.

—¡No te acerques! —dijo Ackermann en el suelo, y con las dos manos taponando la herida del muslo.

Hice caso omiso, y con cautela recorté distancias con Michael.

—¿Mich? —pregunté sin obtener respuesta.

Cuando lo tuve a un palmo, me agaché para intentar comprender que narices estaba pasando, pero se abalanzó sobre mi sin darme tiempo a reaccionar, y de un bocado, arrancó con rabia toda la carne que pudo llevarse de mi brazo. Me eché hacia atrás, muerto de dolor. La herida ardía como si me estuvieran frotando una barra de acero al rojo, y la sangre brotaba como las fuentes danzantes de Dubái. De nuevo, las balas surcaron el lugar, esta vez fueron tres directas a la cabeza de Mich que la hicieron explotar en pedazos de carne y sesos. Y sin darme cuenta, tenía otra en mi frente.

Todo se volvió negro.